

BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

MARIMBA, TIERRA DE AMORES





eb

LOU CARRIGAN

**MARIMBA,
TIERRA DE
AMORES**

Colección LA HUELLA n.º 93
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 27404-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: agosto, 1976

© Texto: Lou Carrigan - 1976

© Editorial Bruuguera S.A. 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRELUDIO

El teléfono sonó cuando el agente Wilkins, del S. A. G., estaba encendiendo un cigarrillo, cómodamente sentado en el salón del pequeño chalé donde estaba cumpliendo servicio de vigilancia y custodia.

La custodia debía realizarse sobre la persona del profesor Alexander Wood, un afamado investigador científico que el Gobierno de Estados Unidos estaba subvencionando en determinadas investigaciones de altísimo secreto. Tan secreto, que ni siquiera los más allegados personajes en la vida del profesor Wood sabían de qué se trataba.

Lo que sí sabía el agente Wilkins era que su cometido aquella noche consistía en impedir que personas extrañas pudiesen molestar en modo alguno al profesor Wood. No digamos ya personalmente, sino ni siquiera por teléfono. Sin embargo, el aparato estaba sonando, y al agente del S. A. G.

le constaba que no era para él, puesto que si su jefe y compañeros hubiesen tenido necesidad de comunicarse con él habrían recurrido a la radio de bolsillo.

Wilkins terminó de encender el cigarrillo sin dejar de mirar el aparato. Dejó de mirarlo un instante para mirar la revista que había elegido para leer, a fin de distraerse por lo menos inicialmente en el largo turno de servicio de aquella noche. Pero el aparato seguía sonando, sonando, sonando. Por fin, Wilkins se acercó y descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió.

—...

—Lo lamento —dijo reposadamente Wilkins—. Se confunde usted, señor. Aquí no hay ningún profesor Wood.

—Le digo que se equivoca, señor.

—...

—¿Cómo dice usted? —exclamó de pronto Wilkins—. ¿Que es asunto de qué?

—...

—Un momento. —Wilkins parecía excitado—. ¡No se retire, por favor! Avisaré al profesor Wood.

El agente del

S. A. G.

dejó el auricular del teléfono sobre la mesita baja del centro del salón, y abandonó éste. En pocos segundos llegó al laboratorio donde el profesor Wood estaba dedicado prácticamente día y noche a su secretísimo trabajo.

Wilkins llamó con los nudillos a la puerta, y acto seguido abrió. Desde el umbral contempló al profesor Alexander Wood, que estaba vuelto de espaldas a él, trabajando en una de las grandes mesas llenas de recipientes de todas clases. Wood estaba tan absorto en su trabajo como siempre, y Wilkins no se sorprendió en absoluto de que ni siquiera le hubiese oído llegar.

—Profesor —llamó—... ¡Profesor Wood!

Éste se volvió, respingando, y se quedó con los ojos muy abiertos mirando al agente del

S. A. G.,

que no pudo evitar una sonrisa.

Alexander Wood era un hombre de aspecto bonachón y simpático. Debía tener unos cincuenta años, pero parecía quizá un poco mayor debido a su total carencia de atractivos físicos. O quizá fuese mejor decir que físicamente Alexander Wood era insignificante, sin duda debido a que dedicaba su vida al cultivo de la mente y no de los músculos. Con todo, resultaba una persona agradable y que apenas verlo inspiraba una sonrisa de afecto, una tendencia de agrado hacia él.

—¿Qué ocurre, Wilkins? —exclamó Wood—. ¡Me ha asustado usted!

—Lo siento de veras —sonrió Wilkins; pero de pronto volvió a quedar serio—. Le llaman al teléfono, profesor.

—¿Cómo? —se sorprendió Wood—. ¿A mí me llaman por teléfono?

—Así es. Un sujeto que no dice quién es ni qué es lo que quiere concretamente. Sin embargo, es cuestión de vida o muerte que usted se ponga al aparato.

Alexander Wood estaba realmente estupefacto.

—¿De vida o muerte? ¡Caramba, habrá que atender rápidamente a ese hombre!

Wilkins se apartó de la puerta, y Alexander Wood salió precipitadamente. Tras él, Wilkins se dirigió hacia el salón. A decir verdad, Wilkins no las tenía todas consigo, pues sabía que a veces las más disparatadas y extraordinarias acciones se inician de modo sorprendente. Por ejemplo, aquella llamada telefónica podía tener como objeto principal enterarse de si realmente el profesor Alexander Wood estaba en aquel chalé, a fin de, posteriormente, emprender acciones de mayor importancia... Como, por ejemplo, secuestrar a Wood.

No cabía la menor duda de que tener a Alexander Wood a disposición de determinadas personas o Gobiernos ajenos a Estados Unidos podía ocasionar gravísimos quebrantos, habida cuenta de las características del trabajo que se suponía estaba realizando Alexander Wood.

—¿Diga? —inquiría éste al aparato—. ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Sí, sí, le escucho, diga...

El profesor Wood pareció envararse un instante, como si acabase de recibir un latigazo. Wilkins, que le observaba atentamente mientras con el codo izquierdo se aseguraba de que su pistola estaba en la axila correspondiente, tuvo la impresión de que el profesor se había sobresaltado. Pero las siguientes palabras del profesor Wood le hicieron comprender que no estaba sobresaltado, sino más bien un tanto irritado.

—Oiga, Wilkins —refunfuñó Wood—, ¿no tiene usted bien los oídos?

—¿Perdón? —Se pasmó el agente del
S. A. G.

—Esta llamada es para usted, no para mí. A menos que yo me llame Wilkins.

—Pero... le aseguro, profesor, que me pidieron que se pusiera

usted al aparato.

—Pues alguien se ha equivocado. Haga el favor de atender la llamada y dejarme proseguir con mi trabajo.

Wilkins estaba desconcertado, pero el profesor Wood le tendía el auricular, y naturalmente no podía rechazar hacerse cargo de la llamada. Se acercó, tomó de nuevo el auricular, y, con el ceño fruncido, dispuesto a aclarar sobradamente que él no era sordo ni estúpido, masculló:

—Dígame. Soy el agente Wilkins... ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Oiga, amigo...

Mientras Wilkins hablaba por teléfono, el profesor Wood había mirado desesperadamente a todos lados. Sobre la mesita donde estaba el teléfono había también un cenicero de cristal de una solidez considerable, lo cual se comprendía con sólo mirarlo. El profesor Wood, colocado a espaldas de Wilkins, alargó la mano hacia el cenicero, lo agarró, y lo blandió sobre la cabeza del agente del

S. A. G.,

el cual en aquel momento comenzaba a irritarse verdaderamente.

—Escuche —decía en aquel momento—, si usted es imbécil nadie tiene la culp...

El golpe del cenicero acertó al agente Wilkins en la parte posterior de la cabeza, con tal contundencia que el agente del

S. A. G.

salió disparado hacia delante, llevándose el auricular y el aparato. Cayó de bruces sobre un cercano sillón, en el cual rebotó, giró sobre sí mismo, y cayó de espaldas al suelo, quedando con los brazos y las piernas extendidas, los ojos cerrados, y una brecha en la cabeza que comenzó a manar sangre.

El profesor Wood estuvo unos segundos con el cenicero todavía en la mano, contemplando con ojos desorbitados, expresión aterrada, a Wilkins. Por fin, se arrodilló junto a él, y acercó sus manos hacia el caído vigilante nocturno del

S. A. G.

Al mover las manos, vio todavía en la derecha el grueso cenicero, y lo arrojó lejos de sí con un gesto violento. Luego, puso la mano derecha en un lado del cuello de Wilkins, comprobando que estaba vivo. Vio la pequeña mancha de sangre que se formaba sobre la

alfombra cuando movió la cabeza de Wilkins, pero un experto vistazo a la herida le hizo comprender que no tenía gran importancia ni tendría posteriores consecuencias peligrosas para la vida del agente del

S. A. G.

Entonces, Alexander Wood corrió al vestíbulo de la casa, abrió el armario que había a la derecha de la entrada, colgó en su interior la bata blanca con la que había estado trabajando, y se puso una chaqueta corriente.

Un instante después, Alexander Wood abandonaba el chalé que el Gobierno de Estados Unidos de América había puesto a su disposición para que trabajase a su servicio con confort y a salvo de cualquier clase de perturbaciones.

CAPÍTULO PRIMERO

El Star Hotel era uno de los mejores de Santa Catalina, la encantadora isla situada frente a la costa continental oeste de Estados Unidos. Exactamente, delante de Los Ángeles y Long Beach.

El Star Hotel, aparte de playa privada, tenía todas las comodidades y lujos que el más exigente de los mortales pudiese desear. Así pues, era lógico que semejante lugar estuviese reservado para auténticos privilegiados y mimados por la fortuna y la vida.

Por ejemplo, Tony Flanagan.

Tony Flanagan vivía como un rey.

Y vivir como un rey sin serlo siempre tiene un precio que generalmente no es fácil de pagar. Por ejemplo, ser agente del Special Agents Group. Tony Flanagan había decidido hacía tiempo que la vida presentaba básicamente dos aspectos indiscutibles. Uno de esos aspectos le causaba auténtico pavor. Consistía en arrastrar la existencia durante setenta, ochenta o cien años, o a lo mejor ciento cuarenta, sin pena ni gloria, sin preocupaciones ni sobresaltos..., pero sin nada que proporcionase un mínimo de emoción. El otro modo de vivir la vida, el que había elegido Tony Flanagan, era por supuesto muchísimo más peligroso. A fin de cuentas, pertenecer al

S. A. G.

era un riesgo continuo.

Pero todo tiene sus compensaciones en la vida. Y la compensación de Tony Flanagan siendo agente del

S. A. G.

era que, cuando no se estaba jugando la vida, podía darse el grandísimo gustazo de vivir como si fuese un auténtico rey.

Por ejemplo, allá estaba él, tan ricamente tumbado en la playa

privada del Star Hotel, con una rubia sensacional al lado, mientras que otras personas que quizá fuesen a vivir veinte o treinta años más que él, lo estaban pasando de lo más aburrido, anodino y monótono.

Precisamente en aquel momento la rubia estaba diciéndole a Tony Flanagan:

—¡Eres tan guapo, Tony!

—Lo sé, reina mía —sonrió afablemente Flanagan—. Cada uno nace con una desgracia...

—¡Cómo, desgracia! —se sorprendió la rubia—. ¡Hombre, yo no creo que sea ninguna desgracia ser tan guapísimo como eres tú!

—Bueno..., son puntos de vista. ¿Puedo hablarte claramente sobre la desgracia de ser guapo, Charlotte?

—Vamos, vamos, Tony —rió la espléndida rubia en bikini—. ¡Te estás burlando de mí!

—De ninguna manera, preciosa, Mira, si yo no fuese tan guapísimo, tú no te habrías enamorado de mí... ¿Verdad que no?

—Pues no lo sé. Pero seguramente, no.

—¿Te das cuenta? Si fuese, vamos, no quiero decir feo, pero sí más corrientito, posiblemente habríamos pasado tú y yo estos cuatro días en una intimidad idéntica a la que nos ha unido y nos está uniendo, pero tú no tendrías mayores pretensiones con respecto a mí. Una vez terminadas estas cortas vacaciones, cada uno se iría por su lado, y colorín colorado este cuento se ha acabado... ¿No es así?

—Vaya, Tony —refunfuñó Charlotte—. No me parece manera de hablar a una chica que te está haciendo feliz... No creo merecerme esto.

—Exactamente. —Tony Flanagan se sentó en la arena y señaló directamente al busto de la muchacha—. De eso quería hablarte. De lo que tú mereces y no te mereces. Por ejemplo, tú eres una chica preciosa, simpática, culta... ¡Yo qué sé cuántas cosas bonitas eres, Charlotte! Así que, sin duda alguna, te mereces una grandiosa suerte en la vida. Por lo tanto, para disfrutar de esa suerte tienes que alejarte de mí.

—Pero Tony, si precisamente contigo...

—¿Ves como no lo entiendes? —Gruñó Tony Flanagan—. Te estoy diciendo claramente que yo soy un tipo que no se merece una

chica como tú. Por la sencilla razón de que conmigo nunca serías feliz. Al ser tan guapísimo, soy un egoísta redomado, y hoy estoy aquí, mañana allí, hoy una rubia, mañana con una negra, y a lo mejor la semana que viene estoy en China con una chinita de pies diminutos.

—¿Qué es lo que estás tratando de decirme exactamente, Tony?

Flanagan estuvo unos segundos mirando atentamente a la muchacha. Luego tomó el paquete de cigarrillos, le ofreció a ella, encendió ambos, y paseó la mirada alrededor.

Sí, señor. Estaban en una hermosísima playa llena de sol de mayo, bajo un cielo azul cegador, y un mar refulgente en un tono no menos azul que el cielo. Y entre ambos, gaviotas que iban y venían como suspendidas por las alas del mismísimo cielo. Se estaba bien allí, se gozaba de sol, de paz, de belleza.

Tony volvió a mirar de nuevo a Charlotte.

—Pues bien. Lo que estoy tratando de decirte exactamente, Charlotte, es que vale más lo dejemos antes de que tú salgas lastimada.

—¡Oh, Tony!

—Lo siento de veras. Precisamente, porque te estoy tomando afecto, no quiero que tú llegues a enamorarte verdaderamente de mí. Sería malo para ti, Charlotte, puesto que yo no te amo. Eres una chica preciosa, me gustas..., pero no te amo. Lo siento de veras.

—No deberías...

—Lo estoy haciendo por tu bien. A fin de cuentas, prolongar este tipo de relaciones nuestras sólo va a ser perjudicial. Demonios, ¿es que no puedes entenderlo?

—Me parece que sí lo entiendo —musitó Charlotte—. Y agradezco tus buenas intenciones. Pero a decir verdad, Tony, yo preferiría seguir contigo mientras los dos permanezcamos en la isla.

—Yo no tengo inconveniente en ello. Pero ya sabes lo que te he dicho.

—Está bien. Has sido muy leal al advertirme de que entre nosotros no puede haber más que amor puro y simple..., pero sin matrimonio. ¿Es eso lo que querías decirme?

—Exactamente —asintió plácidamente Flanagan—. A mí no me pesca ni Jonás, querida.

—¿Jonás? —se sorprendió ella.

—Sí, mujer: Jonás. ¿No fue este tipo el que pescó una ballena?

—No, hombre —rió Charlotte—. ¡Fue una ballena la que se tragó a Jonás!

—¡Ah, demonios! —Tony quedó muy reflexivo—. ¡Cáscaras, pobre hombre!

—¡Eres fantástico! —exclamó Charlotte—. Acabas de poner los puntos sobre las íes en una cuestión muy seria, y sin transición, solucionado ya un asunto, eres capaz de volver a tu normalidad simpática en cuestión de segundos.

—Hijita, yo soy excepcional en todo. Verás, voy a contarte lo que me pasó cuando todavía no había cumplido los doce años. Una noche...

Fue justo en aquel momento cuando el camarero de la terraza del Star Hotel apareció ante ellos, portando una bandeja, y sobre ésta un sobre de color amarillo.

—Perdone, señor Flanagan: ha llegado un telegrama urgente para usted.

Tony dirigió una mirada fulminante al camarero.

—Se equivoca usted, amigo. Yo no soy Anthony Maxwell Flanagan. ¿Está esto claro?

—Pero, señor Flanagan... El telegrama es urgente.

—Bueno, pues busque usted a un tipo llamado Flanagan, y entrégueselo.

El hombre estaba indeciso. Tony llevaba allí varios días, y, ciertamente, era ya conocido por su simpatía y trato siempre amistoso. Pero, como en el Star Hotel había siempre toda clase de clientes, quizá Flanagan era un chiflado y aquel día le tocaba estar brusco.

—Bueno. Viene de Washington, señor Flanagan. Si usted no quiere hacerse cargo de él, lo devolveremos a su origen.

—¿De Washington? —refunfuñó Tony—. ¡Está bien, traiga acá ese papelucho!

El camarero acercó la bandeja, y Tony tomó el sobre amarillo.

—¡Maldita sea mi estampa! —refunfuñó el agente del S. A. G.

—. No puedo estar tranquilo ni siquiera una semana completa.

—¿Quién te envía un telegrama desde Washington, querido? —preguntó Charlotte.

—Abraham Lincoln —gruñó Tony.

—¿Abraham Lincoln? Pero... ¿no había muerto?

—Sí. Pero se ha enterado de que yo estoy vivo, y como soy muy simpático ha querido comunicarse conmigo. Bueno, Charlotte, perdona que lea este telegrama en plan privado.

—Quizá protestaría si fuese una carta, pues una carta podría ser de amor —rió Charlotte—, pero no creo que nadie use el servicio de telégrafos para cuestiones de esta clase.

Tony Flanagan ya no escuchaba a Charlotte. Estaba leyendo el telegrama. Es decir, lo había leído de un solo vistazo, como fotografiando el texto, que realmente, no era muy extenso.

Decía:

URGE TU PRESENCIA PARA RECIBIR INSTRUCCIONES
SOBRE NEGOCIO MUY IMPORTANTE.

Jefe Servicio.

—¡Qué barbaridad! —refunfuñó Flanagan—. No pueden vivir sin mí.

—Entonces..., ¿se trata de mujeres! —exclamó Charlotte.

Tony la miró, y de pronto ambos sonrieron. El agente del S. A. G.

se metió el telegrama dentro del bañador, y tomó con sus manos el bello rostro de Charlotte.

—Esto es lo que me gusta de ti, pequeña. Tienes sentido del humor y sabes aceptar las cosas como vienen. Creo que ésta es una de las actitudes más importantes en la vida para ser feliz.

—Pero te vas —musitó Charlotte.

—Y además de todo esto, eres inteligente —sonrió aún más Tony Flanagan—. En efecto, tengo que marcharme. De todos modos, hemos pasado juntos unos días encantadores. ¿No estás de acuerdo?

—Sí. Puedo... esperarte aquí si quieres, Tony. Yo no tengo ninguna cosa especial que hacer.

Tony Flanagan inclinó por fin su cabeza hacia la de Charlotte, y la besó suavemente en los labios.

Luego musitó:

—Dichosa tú. En cuanto a mí, querida, de ninguna manera

podría garantizarte que volveré...

* * *

Diez horas más tarde, esto es, a las nueve de la noche, Tony Flanagan llegaba conduciendo el coche que le había estado esperando en el aeropuerto de John Foster Dulles, ante una bonita villa situada a conveniente distancia de Washington capital.

Entró con el coche en el jardín, y lo detuvo delante mismo de la puerta de la casa. En ésta solamente se veían luces en la parte izquierda de la planta baja. Flanagan las estuvo mirando unos segundos, pensativo. Luego, se apeó del coche y se dirigió hacia la puerta..., que se abrió antes de que él hubiese llegado a tocar el timbre.

—Buenas noches, señor —saludó Tony.

—Pasa, Tony. La entrevista será muy breve, porque dentro de un par de horas un avión especial va a llevarte a Miami, desde donde tomarás otro avión que te trasladará a Ciudad México; y una vez en Ciudad México, mañana por la mañana tendrás que tomar todavía otro avión, que te llevará a Marimba.

Mientras hablaba, el hombre que había recibido a Tony Flanagan había cerrado la puerta, había tomado por un brazo al agente del

S. A. G.,

y lo había conducido hacia el saloncito de la villa. Es decir, un precioso salón provisto de todas las comodidades y evidenciando, tanto en muebles como en cuadros, alfombras y hasta el más pequeño detalle decorativo, un gusto sobrio y elegante.

El hombre en cuestión, era simplemente el jefe, es decir, el hombre que atendía directamente, para imponerlos en sus misiones, a los hombres más destacados del Special Agents Group.

—Muy bien —dijo Tony—. Esta noche salgo para Miami, luego salgo para Ciudad México, y mañana salgo hacia Marimba... Pero, señor, ¿qué le parece si mientras tanto tomamos un trago de ese güisqui que reserva usted para los que van a morir?

El jefe sonrió, y dio una palmada en un hombro a Tony, señalándole con la otra mano uno de los comodísimos sillones. Tony se dejó caer en él, colocó las manos en los anchos brazos, y se repantigó suspirando profundamente.

—¡Con lo bien que estaba yo en Santa Catalina, señor!

—Lo supongo —asintió el jefe mientras abría el mueble-bar—. ¿Cómo se llamaba la de turno?

—Charlotte... Una rubia preciosa, se lo aseguro.

—Bueno. Lo de preciosa lo supongo, naturalmente. Contigo, la única sorpresa que puede llevarse uno es precisamente ésta: saber si es rubia, morena, pelirroja, trigueña..., o si es de raza blanca, negra, amarilla, cobriza, malaya, esquimal o... cualquiera sabe.

—¡Caramba, señor! —exclamó Tony Flanagan—. Me está usted dejando como a un sátiro.

—Tienes razón —rió el jefe, volviéndose—. Me parece que he exagerado bastante. Pero, Tony..., ¡las mujeres te gustan tanto!

—¡Hombre, jefe! ¿Qué quiere usted que me guste? ¿Los pingüinos?

Riendo, el jefe tendió a Tony un vaso con güisqui y hielo y se sentó frente a él en otro sillón, teniendo en su mano otro güisqui para él.

—Por supuesto que no, hombre —rió alegremente.

—Y hablando de pingüinos —dijo Tony tras beber un sorbo apresurado de güisqui—. ¿Por qué no ha encargado usted de este trabajito, sea cual sea, a ese fanfarrón de Morgan?

—Por la sencilla razón de que Morgan se casó hace poco y está ahora en luna de miel.

—¡Atiza! —exclamó Tony Flanagan realmente aterrado—. ¿Se ha casado Morgan?

—Así es —admitió plácidamente el jefe.

—Pe-pe-pe-pero... No es posible. ¡Pobre hombre! ¿Y cómo ha sido eso?

—Pues, encontró una chica que le gustó, y se quedó con ella.

—¡Se quedó con ella! —bufó Flanagan—. ¡Menuda tontería! Querrá usted decir que ella se quedó con él... ¡Pobre Morgan! ¡Tan buen muchacho!

—Vamos, vamos, Tony... Deja ya de bromear. A fin de cuentas, esto le puede pasar a cualquiera.

—¿A cualquiera? Le aseguro que a mí esto no me pasará nunca. Mire, precisamente, esta mañana, en la playa del Star Hotel estaba hablando con un bombón tremendo..., con esa Charlotte, naturalmente... Y le dije que amor, a toneladas, pero casamiento ni

siquiera un gramo. ¡Vamos, estaría bueno!

El jefe alzó una mano en clásico y clarísimo gesto de petición de paz.

—Vamos a cambiar de tema, Tony.

—No, señor. Porque esto del casorio es una cosa tremendamente seria. Y ya verá usted como el propio Morgan nos lo dirá no tardando mucho. Además, todos sabemos que no hay amor que cien años dure... Ni cien ni uno, naturalmente.

El jefe se quedó mirando atentamente a Anthony George Maxwell Flanagan. Posiblemente, era la única persona que sabía que Tony Flanagan tenía sobrados motivos para estar verdaderamente resentido con el matrimonio, e incluso con el amor. Tan sólo dos años antes, en una misión realmente espeluznante en Jamaica, Tony Flanagan se había casado... Pero ésta era una historia que más valía no recordar. Cuando a un hombre como Tony Flanagan, de su sensibilidad y sinceridad, le engañan como le habían engañado a él en Jamaica hasta el extremo de casarse con una mujer de raza negra, que luego lo quiso asesinar, una vez conseguido lo que esperaba de Flanagan como agente del

S. A. G.,

vale más dejar que un espeso velo cubra todas las inmundicias... De todos modos, la actitud de Tony Flanagan respecto al matrimonio, tenía una base tan sólida que...

—¿En qué está pensando, señor? ¿En la invasión de los marcianos?

—No —el jefe miró seriamente a Flanagan—. No, muchacho, no pensaba precisamente en esto. Pensaba en que tu misión esta vez es en un país cálido, tropical... Bueno, ya sabes, uno de esos sitios donde hay palmeras, flores, guitarras, hermosas mujeres de grandes ojos... Quiero decirte, además, que a Marimba se la llama «la tierra de los amores». En realidad, pocas veces se menciona ese país sin mencionar lo del amor. Así pues, se la acostumbra a llamar «Marimba, tierra de amores».

—Está bien —parpadeó Flanagan—. ¿Qué quiere decirme con todo esto, señor?

—Nada especial. Sólo que a veces suceden cosas que valen la pena. Y pensaba yo que en Marimba, tierra de amores, podría ocurrirte algo que valiese la pena.

El ceño de Tony Flanagan se frunció. Luego, el agente del S. A. G.

se dedicó a beber en silencio el excelente *whisky* servido por el hombre que hacía ya más de cinco años le daba órdenes para misiones siempre de gran peligro. Sentado delante de él, el jefe, tras volver a contemplarlo con gran atención unos instantes, bebió también un sorbo de *whisky*.

—Bien... Hablemos del asunto. ¿Has oído hablar del profesor Alexander Wood?

—No.

—Bueno, realmente no es precisamente un Einstein o un Von Braun, pero es uno de los científicos actualmente más interesantes en los Estados Unidos. Hasta el punto de que el Gobierno lo instaló adecuadamente en un chalé, no muy lejos de aquí. Como en otras ocasiones, se recurrió a nuestra organización para actuar como elemento de seguridad y de custodia. Pues bien, Tony, pese a que el S. A. G.

estaba custodiando a Alexander Wood, éste desapareció hace algunas noches.

—¿Cómo que desapareció?

—Sí, Wilkins estaba con él. Tenía el turno nocturno, como venía sucediéndole una semana sí y una semana no desde hace algo más de dos meses. Alguien llamó al profesor Wood al chalé por teléfono. Wilkins atendió la llamada, y fue a avisar al profesor. Cuando éste se puso al teléfono, le dijo a Wilkins que la llamada no era para él, sino precisamente para Wilkins. Y cuando Wilkins volvió a tomar el auricular para increpar al sujeto que con toda seguridad había pedido por el profesor Wood, éste golpeó a Wilkins en la cabeza con un cenicero, y se marchó. Digo que se marchó, porque no hemos encontrado indicio alguno de que en la casa entrasen otras personas aparte de las habituales. Suponemos que después de golpear a Wilkins, el profesor Wood se marchó por su propio pie.

—¡Caramba! ¿Y por qué haría eso el profesor? ¿Debemos suponer que está cometiendo traición, señor?

—No exactamente. En realidad sabemos por qué hizo Wood eso. Como es lógico teníamos intervenido el teléfono, así que todo el contenido de la llamada está registrado igual que todas las llamadas que han estado realizando a ese chalé desde un principio...

¿Quieres escuchar la llamada al profesor Wood?

—Naturalmente.

—Tengo una copia de la grabación en este magnetófono. Vamos a escucharla. Se entiende que sólo escucharemos esa conversación, que es lo que nos interesa a nosotros.

El jefe puso sobre la mesita un magnetófono a pilas, de bolsillo, y oprimió la tecla de reproducción. Hubo unos segundos durante los cuales sólo se oyó un suave siseo. De pronto, se oyó la voz de un hombre que Tony identificó en el acto como de su compañero Wilkins:

«—¿Sí?

»—Quisiera hablar con el profesor Wood.

»—Lo lamento... Se confunde usted, señor. Aquí no hay ningún profesor Wood.

»—Será mejor que le avise usted.

»—Le digo que se equivoca, señor.

»—Es asunto de vida o muerte, amigo.

»—¿Cómo dice usted? ¿Qué es asunto de qué?

»—De vida o muerte.

»—Un momento, no se retire, por favor. Avisaré al profesor Wood.

Hubo una pausa. Luego, sonó la voz de Wood. Así lo interpretó Flanagan, que miró a su jefe; éste asintió, en silencio.

»—¿Diga?

»—¿Quiere recuperar a su hija, profesor Wood?

»—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

»—Se lo diré otra vez, pero no lo repetiré. Tenemos a su hija, y si usted no sale de esa casa, y se aleja caminando de ella hasta que pasemos a recogerle con un coche, tenga por seguro que la mataremos. No es ninguna broma, así que no haga tonterías de las que se arrepentiría toda la vida. Dígale a ese agente del

S. A. G.

que la llamada es para él, y procure ponerse a su espalda. Arrégleselas como quiera para golpearle y salir de esa casa antes de cinco minutos. Si no lo hace así, mataremos a su hija esta misma noche. Esto es todo. ¿Espero a que se ponga al aparato el agente del S. A. G.?

El jefe adelantó una mano, y detuvo la marcha del aparato, de

modo que Flanagan comprendió que no había nada más que valiese la pena escuchar. Los dos hombres permanecieron en silencio durante algunos segundos. Luego, el jefe se inclinó, recogió toda la cinta rodada, detuvo la marcha del aparato y se quedó mirando a Tony Flanagan.

—Supongo —dijo éste de pronto— que si ha mencionado usted Marimba es porque tenemos allí alguna probabilidad de rescatar al profesor Wood y a su hija.

—Efectivamente. En Marimba tenemos una agente, llamada Margarita Valdés, que ha informado sobre un hecho que le ha llamado la atención. Ha visto a unos hombres comprando en Ciudad Marimba lo que ella llama «cosas raras...». Una vez puntualizado que quería decir con esto de «cosas raras», hemos sabido que se refería a instrumentos para laboratorio.

—Ya. Y supongo que esa Margarita Valdés habrá tenido la suficiente inteligencia y habilidad como para seguir a esos sujetos.

—Sí. Los tiene localizados. En estos momentos, Margarita Valdés está pendiente de la llegada de un enviado de Washington.

—Que seré yo.

—Exacto. Evidentemente podemos equivocarnos, Tony, pero hay que intentar como sea el rescate del profesor Wood.

—Y de su hija, señor.

—Sí, claro, también... Pero en estas circunstancias debo decir que tanto la vida del profesor como la de su hija no son lo más importante. Lo más importante es impedir que el profesor Wood siga trabajando en lo que estaba estudiando y pueda llegar a terminarlo y ponerlo en manos de personas ajenas a los Estados Unidos.

—Comprendo, señor. El profesor Wood estaba llevando a cabo estudios que podrían resultar peligrosos en otras manos. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Wood estaba preparando un virus llamado «Phantom», cuya naturaleza no ha revelado a nadie. Sin embargo, sí saben en Washington, naturalmente, que los efectos del «Phantom» son verdaderamente terribles. Ese virus, una vez terminado, sería causa de grandes disgustos si llegaba a poder de gentes desaprensivas. Es un virus mortal, Tony, con lo que la persona que dispusiera de él podría ocasionar tremendos perjuicios en todo el mundo, si se lo

proponía.

—Comprendido. Por eso, en el fondo, en Washington consideran que es más importante recuperar al profesor para evitar que termine la fórmula del virus «Phantom» que recuperarlo por sí mismo y por su hija. ¿No es así, señor?

—Por duro que nos parezca, así es, Tony. De todos modos. Washington se está ocupando del rescate del profesor, como ves. Y tú vas a ser el encargado de conseguirlo. Irás a Marimba, donde te espera Margarita Valdés, y una vez en contacto con ella, tú verás qué es lo que conviene hacer, como siempre.

—¿Y si esa jovencita se ha equivocado y no se trata de nada relacionado con el profesor Wood?

—Mala suerte —encogió los hombros el jefe—. Pero yo creo que Margarita Valdés no se ha equivocado. Es una agente que trabaja para nosotros hace bastante tiempo, y ha dado siempre muestras de tener una clara inteligencia y una gran efectividad. En resumidas cuentas, Margarita Valdés es un agente exterior del S. A. G.

de los más calificados. De verdad, Tony, yo tengo la esperanza de que esa chica, aunque haya sido casualmente ayudada por la simple fortuna, ha conseguido una pista del profesor Wood en tan poco tiempo que podemos darnos por muy afortunados, ya que no es probable que precisamente en estos pocos días en que lo tienen secuestrado, Alexander Wood haya terminado la fórmula del «Phantom».

—Esperemos que sea así. Esperemos también que Margarita Valdés efectivamente haya localizado al profesor Wood... Y a propósito del profesor Wood: supongo que me enseñará alguna fotografía de él y de su hija.

—Puedo enseñarte fotografías de él, pero no de su hija. De todos modos, eso no es problema, ya que podemos suponer que los secuestradores tienen juntos a ambos. Es decir, que obligaron a Wood a hacer lo que hizo amenazándole con la vida de su hija, y como es lógico ahora los tienen juntos, a fin de que en todo momento Alexander Wood esté consciente del peligro que corre su hija si él se niega a trabajar para esta gente.

—Me parece una opinión muy exacta, señor. Y a propósito, supongo que la hija de un profesor que estudia porquerías de esas

como son los virus, debe ser también un monstruo investigador..., es decir, un bicho sabihondo y con gafas y que en lugar de llevar preciosos bucles en la cabeza debe haberse cortado el pelo a estilo de luchador antiguo, para no perder el tiempo en aseos personales y zarandajas de éstas.

—Bueno, respecto a la hija del profesor Wood...

—¡Bah, bah, bah!; dejémosla, jefe —movió las manos Tony Flanagan, como queriendo eludir una cosa desagradable—. A mí me parece que vale más la pena hablar de Margarita Valdés. ¿Cómo es ella?

—Hombre... Margarita Valdés es una chica que sin duda merecerá tu aprobación en todos los sentidos.

—Estupendo —se frotó las manos Tony Flanagan—. Eso es todo lo que quería saber. Bueno, aparte de que me enseñe usted también una fotografía de Margarita.

—No tenemos fotografías de Margarita. Pero ella va a ser avisada de tu llegada al aeropuerto de Ciudad Marimba, y serás descrito adecuadamente a fin de que seas identificado en cuanto pongas pie a tierra. Por lo tanto, no habrá problema alguno de contacto.

—¿Y cómo sabré yo que la persona que me está esperando es la auténtica Margarita Valdés?

—Ella te recitará unos versos de Rubén Darío a los que tú tendrás que dar respuesta adecuada. Es decir, ella te dirá dos versos y tú tendrás que contestar con los dos que siguen.

—¡Qué tontería! —bufó Tony Flanagan—. Todo eso es cosa de espías de la edad de piedra... Esa chica tiene menos seso que un mosquito. ¡Vamos, hace falta ser tonto para convenir una contraseña semejante! ¿Cómo se le ha podido ocurrir a esa palurda una presentación tan boba entre espías?

—No se le ha ocurrido a ella —dijo el jefe—. Se me ha ocurrido a mí.

—Ejem... ¿A usted, señor? ¡Caramba! Bien mirado, eso de los versos de Rubén Darío para que dos espías se presenten es una magnífica idea.

CAPÍTULO II

Ningún problema en cuanto al idioma, ya que naturalmente, si Tony Flanagan había sido elegido para aquella misión se debía, entre otras cosas, a que hablaba perfectamente el español.

Sin embargo, sí hubo un problema nada más entrar en Marimba. En contra de lo claramente especificado por el jefe en su chalé de las afueras de Washington, Margarita Valdés no estaba esperando al agente del

S. A. G.

Éste tuvo tiempo de cumplir las formalidades de pasaporte y aduana, recoger su equipaje, tomarse un refresco en el bar del aeropuerto de Ciudad Marimba y hasta de comenzar a sentirse francamente irritado.

Pero Margarita Valdés, no aparecía.

Así que, finalmente, tras perder tiempo en vacilaciones y conceder una prórroga tras otra a Margarita Valdés, el agente del S. A. G.

decidió tomar la iniciativa.

Salió del edificio del aeropuerto y alquiló un taxi al que encargó lo llevase a la ciudad.

—Sí, señor. ¿Tiene usted reservado alojamiento en la ciudad, señor?

—Así es. Lléveme al Hotel Paraíso.

—¡Oh, sí! El Paraíso... Sabe usted elegir muy bien, señor. El Paraíso es uno de nuestros mejores hoteles.

—Me alegra saberlo —refunfuñó Tony Flanagan.

Efectivamente, el Hotel Paraíso, en el centro de la avenida del General López Arias, tenía un magnífico aspecto. Diferente, por supuesto, al del Star Hotel de Santa Catalina, pero en su género,

clima y ambiente no cabía la menor duda de que el Hotel Paraíso, separado de la playa solamente por la avenida, era acogedor y elegante.

Tony Flanagan consiguió hallar una amplia y confortable *suite*, por supuesto con una hermosa terraza que daba a la avenida, y por tanto, con vistas a la preciosa bahía de Marimba.

Sólo que Tony Flanagan no estaba de humor para contemplar hermosas playas y amplias avenidas con palmeras y flores. Su humor era más bien desagradable, así que optó por dedicarse a colocar sus cosas en el armario y en el cuarto de baño.

En esto estaba cuando sonó la llamada a la puerta.

El agente del

S. A. G.

volvió vivamente la cabeza hacia allí, y en el acto sus ojos se entornaron en un gesto de desconfianza. Si Margarita Valdés no había aparecido en el aeropuerto podía ser debido a que le había ocurrido algo. En cuyo caso, quizá ahora le tocase el turno a él si finalmente habían conseguido obligar a la agente marimbeña del

S. A. G.

a informar de la llegada de un agente especial.

Por todo esto, Tony Flanagan sacó la pistola del doble fondo de su maleta, y empuñándola firmemente fue a colocarse a un lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Margarita Valdés, señor Flanagan —oyó nítidamente.

—¡No me diga! Pues si es usted tenía que haber estado en el aeropuerto, preciosa.

—¡Por favor, señor Flanagan, abra! Le aseguro que soy Margarita.

En realidad, Flanagan no dudaba que fuese Margarita Valdés. Así que, impaciente en realidad por ver a la muchacha que según el jefe le satisfaría en todos los aspectos, Tony se pasó la pistola a la mano izquierda y abrió la puerta, comenzando a sonreír.

—Pase usted, señori...

Ya no dijo nada más.

Porque estaba viendo ante él a Margarita Valdés.

Era fea.

Fea de verdad, fea con ganas, fea con ganas de conseguir la

perfección en la más grandiosa fealdad.

Al menos, así le pareció a Tony Flanagan en cuanto vio ante él aquel rostro bigotudo. Sí, bigotudo. Margarita Valdés tenía dos cosas que llamaban inmediatamente la atención. Una de ellas eran sus senos generosamente desarrollados. Y la otra cosa era su bigotillo tipo adolescente. Pero bigotillo al fin. ¡Y si sólo hubiese sido el bigotillo...! Realmente, no se podía decir que Margarita Valdés fuese la muchacha con la que Tony Flanagan había estado soñando durante el viaje. Él había pensado que encontraría a una joven alta, esbelta, bien proporcionada, de grandes ojos bellísimos, boca roja, fresca y sugerente; pero no. No, señor, Margarita Valdés era lo opuesto a esto.

Grandes senos, bigotudilla, ojos no demasiado grandes, pelo recogido detrás de la cabeza en lo que debía ser un moño horripilante, y la cara más bien gruesa y a decir verdad poco agraciada.

En resumen, la más grande decepción que se había llevado en su vida Tony Flanagan.

—Éste era un rey que tenía un palacio de diamantes...

—¿Qué? —farfulló Tony Flanagan.

Margarita Valdés repitió:

—Éste era un rey que tenía un palacio de diamantes...

—¡Ah...! ¡Ah, sí! —Gruñó el agente del

S. A. G.

—. Sí, ahora recuerdo... «un palacio de diamantes una tienda hecha del día y un rebaño de elefantes».

—Correcto, señor Flanagan.

—Bueno, y ahora que ya hemos demostrado los dos que sabemos algunos versos de Rubén Darío, haga el favor de pasar, señorita Valdés.

—Muchas gracias.

La marimbeña entró en la *suite* del agente del

S. A. G.,

y éste cerró la puerta. Luego, señaló hacia la pequeña salita de la terraza, y Margarita fue a sentarse en el sofá. Tony Flanagan ocupó un sillón, quedando un tanto de lado con respecto a Margarita, y frente a la radiante luz solar de la tarde que llegaba desde la terraza.

—¿Le gusta a usted Rubén Darío, señor Flanagan? —preguntó Margarita.

—Muchísimo —asintió el agente del S. A. G.

—. A decir verdad, conozco bastantes de sus versos. Por ejemplo, este que nosotros estamos utilizando como contraseña se titula: «A Margarita Debayle» y empieza así:

«Margarita, está linda la mar, y el viento
lleva esencia sutil de azahar; yo siento
en el alma una alondra cantar; tu acento.
Margarita, te voy a contar un cuento.

Éste era un rey que tenía un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día y un rebaño de elefantes.

Un quiosco de malaquita, un gran manto de tisú, y
una gentil princesita, tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú».

—¡Magnífico! —Estaba realmente pasmada Margarita Valdés—. Habla usted muy bien mi idioma, señor Flanagan. Y, además, recita maravillosamente.

—No me sorprende —dijo Tony—. Yo todo lo hago maravillosamente.

—¡Ah! —Margarita entornó los oscuros ojos, por los que pasó un destello de ironía—. En ese caso no dudo que resolverá usted nuestro problema de un modo maravilloso y rápido.

—Por supuesto que sí. ¿Tiene usted ya la completa seguridad de que en esa villa están el profesor Wood y su hija?

—Así es.

—¿De veras? —Se asió Flanagan—. ¿De verdad está segura?

—Eso he dicho, señor Flanagan.

—Bien... Bueno, me parece magnífico. ¿Cómo ha conseguido obtener esa seguridad?

—Por un procedimiento muy sencillo que estoy segura usted debe de conocer y que incluso quizá haya utilizado en alguna ocasión, señor Flanagan. Disparé un dardo-micrófono a una de las

ventanas de la villa, y luego, con un receptor especial pude escuchar fragmentos de conversaciones que me han confirmado la presencia del profesor Wood y su hija en esa villa.

—¿Tiene usted colocados «oídos mágicos» en la villa?

—Solamente disponía de un micrófono-dardo. —Margarita dijo esto moviendo la cabeza negativamente—. Conseguí dispararlo y clavarlo en una ventana. Pero era un material que se me dio hace mucho tiempo y que al no ser utilizado se ha ido estropeando. En realidad, su eficacia ha sido muy breve. Creo que funcionó bien durante las cinco o seis primeras horas por puro milagro. Luego, simplemente, acabó de estropearse.

—Pero..., ¿está usted segura realmente de que el profesor Wood está en esa villa?

—Parece usted un poco duro de oído, señor Flanagan.

—No, no..., perdone. Tengo un oído finísimo. Lo que ocurre es que una de las primeras cosas que aprendí al ingresar en el S. A. G., fue a no fiarme ni de mi padre.

—Eso, además de una exageración, es una vulgaridad, señor Flanagan.

—No es ni una cosa ni otra, señorita Valdés. No es ninguna exageración, porque resulta que mi padre hacía ya años que estaba trabajando para el S. A. G.

cuando yo pedí el ingreso, y no me había dicho nunca nada al respecto. Y no es una vulgaridad, por la sencilla razón de que ninguna verdad lo es.

—Usted, señor Flanagan, parece un hombre con traumas. Supongo que es debido al hecho de que su padre tuviese secretos con usted. Dígale que deje de hacerlo.

—Señorita Valdés, yo no tengo ningún trauma, y mi padre no tiene ningún secreto conmigo, por la sencilla razón de que falleció.

—Lo siento. —Margarita se mordió los labios—. Créame que lo siento, señor Flanagan, pero estaba usted en un plan tan agresivo...

Tony Flanagan asintió, se pasó las manos por la cara, y luego estuvo casi un minuto ocultando los ojos y presionándose las sienes. Por fin, bajó las manos y miró sosegadamente a Margarita Valdés.

—Creo que la conversación debió seguir por derroteros poéticos,

esto es, hablando de Rubén Darío. Pero también lo dejaremos para otra ocasión... ¿Disponemos de colaboradores, o de ayuda especial, o de algún plan que quizá haya usted elaborado adaptándose a las circunstancias?

—No disponemos absolutamente de nada, señor Flanagan. Yo tenía que esperarle a usted y decirle cómo estaban las cosas. Luego, usted tenía que tomar todas las decisiones.

—Es cierto —admitió Tony—. Sin embargo, usted no estaba esperándome en el aeropuerto, señorita Valdés.

—Me fue imposible.

—¿Por qué?

—Tuve que realizar determinadas maniobras de desorientación.

—¿Perdón? —Se llevó Flanagan una mano a la oreja adelantando el pabellón auditivo.

—Quiero decir que me pareció que mientras yo vigilaba la villa desde lejos con prismáticos, alguien me vigilaba a mí, y cuando llegó el momento de marcharse para ir a recogerlo a usted al aeropuerto, decidí realizar toda esa serie de maniobras de desorientación.

—Entiendo. ¿Y la ha seguido alguien?

—No estoy segura. Si estuviese segura, en uno u otro aspecto, habría ya tomado decisiones. Si me seguían, no habría venido aquí. Si no me seguían habría ido a esperarlo al aeropuerto.

Tony Flanagan se rascó la coronilla, y asintió.

—Es usted muy concreta y lógica, señorita Valdés. Está bien; de todos modos, si pese a sus... maniobras de desorientación, la han seguido, es fácil comprender que ahora, quienes estamos... digamos en peligro, somos los dos no usted sola.

—No, señor. Si alguien me ha seguido sabrá que he entrado en el hotel Paraíso, pero no tiene por qué saber a quién he venido a ver en el Hotel Paraíso, ya que estoy completamente segura de que una vez dentro nadie ha podido rastrearme. En todo caso, me estarán esperando afuera. Pero no saben a quién he venido a ver.

—De acuerdo. Vamos a dejar de discutir de una vez por todas y ocupémonos del asunto del profesor Wood. Lo primero que debemos tener en cuenta es que su rescate urge realmente. No podemos perder días, ni siquiera horas, en elaborar planes más o menos sofisticados que nos garanticen el resultado sin posibilidad

de fallo alguno. Aunque exista alguna pequeña posibilidad de fallo, tenemos que rescatar al profesor y a su hija cuanto antes.

—Eso puede ser peligroso.

—Lo sé. Sin embargo, tenemos que hacerlo de este modo. Así que si le parece a usted bien, y puesto que entiendo que tiene usted coche, podríamos darnos una vuelta por los alrededores de esa villa, a fin de que yo conozca el terreno y por lo tanto prepare la acción para el rescate.

—Es usted quien manda. Por mi parte, tengo alguna nota que puede usted examinar cuando guste. Me refiero a notas sobre cosas que he visto, hombres que han entrado y salido de la villa..., en fin toda una serie de pequeños detalles.

—Estoy seguro de que sus notas me ayudarán mucho. ¿Nos vamos ya, señorita Valdés?

—Yo estoy preparada.

—Magnífico. Por cierto, ¿ha visto en algún momento al profesor o a su hija?

—No. Eso no. Lo siento.

—Veamos... ¿Debo interpretar por su respuesta que usted no está siempre vigilando la villa, o que ni el profesor ni su hija salen de ésta en ningún momento?

—Las dos cosas. Como usted comprenderá, yo no puedo pasarme veinticuatro horas vigilando la villa. Por otra parte, quizá sí salgan, pero de noche, y en ese caso yo no puedo verlos. De todos modos, me inclino a creer que no los dejan salir absolutamente para nada. Deben tener al profesor Wood trabajando intensamente en lo que sea que estén preparando. En cuanto a la hija, creo que la tienen separada de él.

Flanagan, que se estaba poniendo la chaqueta y se dirigía hacia la puerta de la *suite*, se quedó mirando a la fea marimbeña.

—¿Por qué cree eso?

—Porque hay vigilancia en el porche de la casa, pero también delante de un pequeño cobertizo separado de ésta, construido a unos cuarenta o cincuenta metros. Ese cobertizo está siempre vigilado por un hombre. No por el mismo hombre, se entiende, sino por un hombre que va siendo relevado.

—Entiendo. Sí... Podría ser que tuviesen separados a padre e hija. De este modo, pueden mantenerlos en un mayor estado de

temor, ya que al no verse el uno al otro siempre pueden estar temiendo lo peor. Bien, solucionaremos esto, por supuesto.

—A juzgar por lo que he oído de usted, no parece posible que falle, señor Flanagan.

Éste abrió la puerta de la *suite*, y miró casi afablemente a Margarita Valdés.

—La verdad es que no suelo fallar. Pero siempre hay que admitir las pequeñas posibilidades de error incluso en los grandes hombres como yo.

—¿Se considera usted un gran hombre? —Lo miró pasmada la muchacha.

—Pues sí. Mido metro ochenta y cuatro, y a poco que usted se fije en mí verá que además de alto soy atlético, y por supuesto, rabiosamente guapo.

—No me había dado cuenta. Pero si usted lo dice...

—¡Cómo si lo digo yo! ¡Lo dice todo el mundo!

—Yo no. Y si le parece, salgamos del hotel y emprendamos el camino hacia esa villa. No podemos perder mucho tiempo, porque se nos haría de noche y entonces no serviría de nada ir allá.

—¿Tan lejos está?

—No. Está relativamente cerca de Ciudad Marimba, pero ya sabe usted lo que sucede en los trópicos, señor Flanagan: anochece muy rápidamente. Tanto, que en un momento hay sol y en un momento es ya prácticamente de noche. ¿No sabía usted eso?

—¿Sabe que le digo, señorita Valdés?

—¿Qué me dice usted?

Tony Flanagan vaciló un instante, y por fin sonrió encantadoramente.

—Mejor que no se lo diga. Vamos a su coche.

—Lo he dejado a unos trescientos metros de aquí por detrás de la avenida del General López Arias.

—Magnífica precaución. Le doy a usted mi más expresiva felicitación por su cautela.

Margarita Valdés miró de reojo al agente del S. A. G.,

y decidió permanecer callada. Descendieron al vestíbulo del hotel por separado. Ella delante y él detrás.

Cuando llegaron abajo, Margarita fue directa hacia la calle, y

Flanagan pasó por el mostrador de recepción para dejar la llave de la *suite*. Una vez hecho esto encendió un cigarrillo y se dirigió con toda naturalidad hacia la salida, siempre sin mirar a Margarita Valdés, la cual, ya en la calle tenía vuelta ligeramente la cabeza, y en cuanto vio que Tony Flanagan se disponía a salir reanudó la marcha. Recorrió la avenida del General López Arias hasta la primera esquina a la derecha. Por aquí giró y ascendió por una calle más estrecha y empinada, alejándose del mar. A unos quince metros de Margarita, Tony Flanagan, con el cigarrillo colgando de los labios y las manos metidas en los bolsillos, parecía el más despreocupado paseante del mundo. Iba mirando aparentemente a todos lados menos a la muchacha del feo moño que le precedía.

Quizá por eso, porque lo hacía tan bien, los dos hombres que pasaron por su lado en su misma dirección, esto es, en pos de Margarita Valdés, no le concedieron importancia ninguna. Pero él sí les concedió importancia a ellos. Pasaron por su izquierda, caminando rápidamente. Con la rapidez de quien se propone alcanzar a otra persona... Y en aquel momento, la única persona a la que aquellos dos sujetos podían alcanzar, era Margarita Valdés.

En efecto.

Apretando cada vez más el paso, aquellos dos sujetos dieron alcance a Margarita Valdés, colocándose uno a cada lado. La muchacha giró la cabeza primero a la derecha y luego a la izquierda, rápidamente; y en ambos movimientos, primero una mejilla y luego otra estuvieron perfectamente al alcance visual de Tony Flanagan, que captó en el acto la palidez de la marimbeña.

Por simple veteranía, que en ocasiones realmente proporciona un sexto sentido a las personas de vida intensamente aventurera, Tony Flanagan volvió la cabeza, y en efecto, estaba sucediendo lo inevitable: un coche acababa de doblar la esquina por la avenida del General López Arias y se acercaba lentamente adonde los dos hombres habían agarrado por los brazos a Margarita Valdés.

Tony Flanagan comprendió que no tenía un segundo que perder.

Así pues, no sólo aceleró el paso, sino que echó a correr hacia donde estaba el pequeño grupo. Uno de los hombres había vuelto ya la cabeza para cerciorarse de que el coche acudía hacia ellos. Todo estaba clarísimo. Aquellos dos hombres pretendían secuestrar a Margarita Valdés y llevársela de allí en el coche que se acercaba.

Pero, antes que el coche, llegó junto a los dos hombres y la fea Margarita, el agente del
S. A. G.

Para desdicha de los dos sujetos, por supuesto.

Antes de que tuviesen tiempo de reaccionar, Tony Flanagan había golpeado a uno de ellos en el estómago con tal fuerza que el hombre soltó a Margarita Valdés, lanzó un berrido mientras se encogía sobre sí mismo y caía hacia delante. El tremendo patadón propinado por Tony Flanagan lo envió de cabeza contra la fachada de la casa que tenían a la derecha, donde pareció que la cabeza del hombre fuese más bien un melón, a juzgar por el crujido.

Después de esto, el hombre cayó al suelo como muerto.

Pero, naturalmente, el otro no había permanecido quieto mientras Tony Flanagan hacía una pequeña y breve demostración de su mala uva... El hombre había sacado rapidísimamente un revólver que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, y alzaba ya el brazo para apuntar a Tony Flanagan.

Lo cual desagradó profundamente al bellísimo y rubio agente del S. A. G, Para demostrar su desagrado, lanzó un golpe con el canto del pie que alcanzó al marimbeño en la rodilla. Simultáneamente, giraba como queriendo colocarse de espaldas al hombre, cosa que consiguió, y con el mismo pie que había golpeado en la rodilla lo golpeó en la barbilla, derribándolo de espaldas al suelo como si fuese un muñeco.

Por supuesto, en estas vicisitudes, el hombre que aullaba de dolor con la rodilla rota y la mandíbula fracturada había olvidado por completo su pistola, que debido al estremecimiento de dolor al recibir ya el primer golpe, había saltado de su mano.

En cambio, Tony Flanagan había desenfundado su arma y apuntaba hacia el coche que había aumentado la velocidad y parecía dispuesto a abalanzarse sobre Margarita y él.

No sólo lo parecía, sino que era absolutamente cierto, ya que el vehículo, de pronto, giró, subió a la acera, y los embistió con intenciones sobre las cuales no podía tenerse la menor duda.

Tony Flanagan no estuvo apuntando ni siquiera un segundo.

«Plop», chascó su pistola silenciosa de origen.

En el acto, en el cristal parabrisas del gran turismo que se abalanzaba sobre ellos apareció una tupidísima telaraña de rayas

blancas. Y con la misma rapidez con que había disparado contra el coche, Tony Flanagan guardó la pistola, y empujó a Margarita Valdés con tal entusiasmo que ambos rodaron por el suelo hacia la calzada.

Justo a tiempo.

El coche pasó rugiendo por donde un instante antes habían estado la marimbeña y el norteamericano. Todavía tendido en el suelo, el hombre de la rodilla rota y la mandíbula fracturada vio aquel rugiente monstruo metálico saltar sobre él, y lanzó un alarido espantoso.

Un alarido que cesó muy pronto.

El coche pasó por encima, zigzagueó sobre la acera, y fue a estrellarse violentamente contra una de las farolas del alumbrado público. Por la fuerza del impacto, la portezuela delantera izquierda se abrió, y un hombre vestido con un traje impecablemente blanco salió despedido del asiento y quedó tendido en la calzada de bruces mientras los pies todavía permanecían dentro del vehículo.

Realmente el único disparo efectuado por el agente del S. A. G. había sido catastrófico..., para los enemigos de Margarita Valdés, por supuesto.

Mientras tanto, Tony Flanagan se había puesto rápidamente en pie, y asiendo la mano de Margarita, tiró de ella con fuerza.

—¡Vamos! —aulló—. ¡Tenemos que escapar de aquí rápidamente! Esto se va a llenar de gente en un momento.

Efectivamente.

Cuando Tony Flanagan y Margarita Valdés echaron a correr hacia donde ésta tenía estacionado su automóvil, la gente comenzaba a acudir apresuradamente hacia el lugar donde se había producido un accidente sobre el cual nadie comprendería nada de nada.

Margarita abrió la puerta del lado del volante de su coche, y se colocó delante de aquél, dispuesta a conducir. Tony Flanagan había dado la vuelta al coche, y la muchacha se inclinó para abrirle la portezuela derecha.

Fue entonces, cuando Flanagan permanecía inclinado para entrar en el vehículo, cuando Margarita Valdés se dio cuenta del manchurrón de sangre que el norteamericano tenía en el costado

izquierdo.

—¡Está herido! —exclamó—. ¡Tenemos...!

—¡Arranque! —Gruñó Flanagan sentándose junto a ella—. Lo primero que tenemos que hacer es largarnos de aquí. Luego se hará lo que corresponda.

—Pero si está herido...

—No tiene importancia. Vámonos.

Margarita Valdés no se hizo repetir la orden. Dio el encendido y un instante más tarde su coche salía disparado hacia el norte de Ciudad Marimba, esto es, tierra adentro.

* * *

Margarita detuvo el coche delante del pequeño *bungalow* rodeado de flores y sombreado muy agradablemente por numerosas palmeras que permanecían inmóviles bajo el sol de la tarde.

—¿Dónde estamos? —preguntó Flanagan.

—Éste es mi domicilio —le miró con gesto preocupado la muchacha—. ¿Está usted bien, señor Flanagan?

—Estoy lo bastante bien para poder entrar en esa choza y comerme media ballena.

—¿Media... ballena?

—Con patatitas, claro —sonrió el agente del

S. A. G.

—. ¡Con muchas patatitas!

Margarita Valdés comprendió que una simple herida no era cosa que pudiera quebrantar ni la moral ni el cáustico humor del norteamericano. Así que se limitó a sonreír y salió del coche. Por su parte, Flanagan hizo lo mismo.

Una vez los dos fuera del vehículo, el norteamericano miró a todos lados, como temiendo alguna presencia inoportuna.

Pero no. Era un lugar muy tranquilo y discreto. La cabaña estaba en la falda de una montaña, casi al pie, y debido a su ligera elevación sobre el terreno llano que descendía hacia el mar, se dominaba muy bien el paisaje.

—Es usted lista —la miró de pronto Tony—. Desde aquí no es fácil que deje de ver a quienes se acerquen. En cuanto a las sorpresas que puedan llegarle por detrás no parecen muy probables, ya que tendrían que venir de lo alto de la montaña.

—Bueno... La verdad es que no pensé en eso cuando compré este *bungalow*, señor Flanagan. Pero, realmente, es un sitio muy conveniente. Y lo mejor de todo es que nadie sabe que yo tengo este lugar para retirarme cuando me conviene.

—Magnifico. Supongo que tendrá usted algún pequeño botiquín o algo con lo que ayudarme a curar este rasguño.

—Naturalmente que sí.

Entraron en el *bungalow*. Las dimensiones de éste no debían ser superiores a diez metros de largo por cinco de ancho, y en aquella única pieza en la que se veían dos ventanas a un lado y dos a otro, estaba prácticamente todo, excepto un diminuto cuarto de baño y una no menos diminuta cocina. Por lo demás, el *bungalow* era todo él un dormitorio-comedor-salón-biblioteca.

Había bonitos cuadros de ambiente tropical en las paredes, y el paño de pared del fondo, donde no había ninguna ventana, estaba prácticamente cubierto de libros que rebosaban de una estantería. Como encajado en esas estanterías había un gran tocadiscos.

—¡Caramba! —exclamó alegremente Tony Flanagan—. ¿No me prestaría usted este lugar cuando necesitase un lugar agradable y discreto donde llevar a un invitado?

—¿Un invitado... o una invitada? —preguntó Margarita.

—Pues, la verdad es que mis tendencias son más bien naturales, así que lo más probable es que fuese una invitada.

—Ya.

Margarita fue hacia el pequeño cuarto de baño, del cual salió pocos segundos más tarde portando un pequeño botiquín. Mientras tanto, Tony Flanagan se había quitado la chaqueta y la camisa, dejando al descubierto su bronceado torso cubierto en la parte frontal de un densísimo vello rubio y rizadísimo. Un color dorado que hacía contraste con el rojo manchurrón de sangre en su costado.

—La bala no ha quedado dentro, claro —dijo Margarita Valdés.

—No. Y lo siento porque ya no hay posibilidad de arreglarme la chaqueta. Con los dos agujeros que tiene, costaría más arreglarla que comprar una nueva.

—¿Usted nunca habla en serio?

—Pues en ocasiones lo hago, pero me produce dolor de vientre, así que prefiero tomarme las cosas con un cierto... cachondeo. Creo

que es lo mejor, señorita Valdés. Y ya que estamos en plan semiserio... ¿Qué te parece si nos llamamos simplemente Margarita y Tony?

—Bueno.

—La cosa no parece entusiasmartelo mucho, querida colega. Pero esto es porque te falta imaginación.

—¿Cómo que me falta imaginación? ¿Qué quiere usted decir?

—¿En qué quedamos? Hemos dicho...

—¡Oh, sí! Lo siento. ¿Qué quieres decir con eso de mi falta de imaginación, Tony?

—Pues quiero decir, rica, que a poco que te hubieses parado a pensar lo de Tony y Margarita te habría hecho una cierta gracia. Tony y Margarita. ¿Comprendes?

—Pues no.

—Hija, eres una cabeza dura. Tony y Margarita... Estoy hablando de la reina de Inglaterra y de su marido lord Snowdon.

—¡Oh!

—¡Ah! —exclamó cómicamente Flanagan—. ¿De verdad no te habías dado cuenta que nuestros nombres unidos forman una pareja real..., o cuando menos aristocrática?

—Pues no. No me había dado cuenta. Pero es cierto, Tony y Margarita. Sólo que no será fácil que nosotros formemos pareja, Tony.

—No desesperes. De cuando en cuando hago una obra de caridad.

—Desde luego, eres un bruto.

—Eso me pasa siempre que tengo hambre. Así que vamos a ver si tapamos este agujerito y nos dedicamos a mover las mandíbulas.

Margarita Valdés asintió con un gesto, y se acercó al norteamericano procediendo a restañar en primer lugar la sangre que brotaba de la herida y que, por supuesto, estaba manchado los pantalones del agente del

S. A. G.

La cura no fue ni larga ni complicada. Pero, evidentemente, teniendo en cuenta cómo había quedado la camisa, la chaqueta y los pantalones de Tony Flanagan, había allí un pequeño problema de indumentaria.

—¿Tienes por aquí alguna bata o un albornoz? —preguntó el

agente de I.S. A. G.

—Pues sí. Pero son de mi medida, claro está.

—No tan claro. Si de cuando en cuando recibieses algún hombre en este agradable lugar yo podría disponer ahora de pantalones.

—Pues lo siento —refunfuñó hoscamente Margarita Valdés—, pero no acostumbro a recibir hombres aquí..., ni en ninguna parte.

—¡Bueno, caramba! ¡Qué te parece! —exclamó Tony—. ¡Una chica decente!

—Parece usted..., pareces sorprendido.

—Sorprendido, no. Estoy patitieso. Bueno, ve a buscarme algo que ponerme. Supongo que no pretenderás que pase la noche en calzoncillos delante de ti.

—No tengo el menor interés ni en los calzoncillos ni en su... en tu compañía.

—Pues, a ver si encuentras algún quimono chino de ésos tan elegantes y agradables. Yo tengo una belleza tan múltiple, tan polifacética y tan exótica, que estoy guapísimo con cualquier prenda que me ponga.

La bigotuda Margarita Valdés miró de reojo, y realmente mosqueada ya, al bocazas norteamericano que tenía tan maravilloso concepto de sí mismo. Pero, al mismo tiempo, recordaba que aquel hombre que hablaba como un presuntuoso fantoche se había librado en poco más de tres segundos de tres enemigos armados, uno de los cuales le echaba el coche encima dispuesto a aplastarlo. Y este recuerdo hizo comprender a Margarita Valdés que Tony Flanagan estaba ofreciéndole solamente la fachada.

¿Cómo sería por dentro Tony Flanagan?

Decidió dejar este interrogante para momento más oportuno, y fue en busca de un albornoz. Un albornoz de un bonito color azul, pero, naturalmente, de su talla. Tony se lo puso con gran cuidado, y una vez conseguido esto se quedó mirando con gesto irónico a Margarita Valdés, que no pudo evitar una carcajada.

—Vaya... ¿A qué viene este pitorreo? —Frunció el ceño Tony.

—Tendrías que verte en un espejo... ¡Estás verdaderamente precioso!

—Bueno... Así me gusta —la boca del agente del
S. A. G.

se distendió en una amplísima sonrisa— que tengas sentido del

humor. Y ahora, bella marimbeña, ¿qué tenemos para cenar?

—¿Te estás burlando de mí?

—¡Cómo! —exclamó Tony—. ¿Acaso no tenemos cena?

—Lo digo por lo de bella marimbeña.

—Ah, bueno, no hagas caso. Es que yo soy un muchacho muy educado y amable. Y a propósito de amabilidades. Para que veas que es cierto y que además soy de una generosidad digna de los ángeles trompeteros del cielo, te ofrezco mi magnífica y maravillosa compañía durante toda esta noche. ¿Estás de acuerdo?

—No.

—Lo hago desinteresadamente. Piensa que pasar una noche con un hombretón como yo, sólo se presenta una vez en la vida, bella Margarita.

—Vete a...

—No lo digas. Mejor trae la cena. Y luego, puesto que tan decente y seria eres, nos repartiremos el *bungalow* para dormir. Tú puedes dormir en el suelo en una alfombra, y yo, como es lógico, dormiré en la confortable cama.

Margarita decidió definitivamente no hacer caso a Tony Flanagan.

Hizo bien, porque naturalmente, quien durmió en el suelo sobre una alfombra aquella noche fue el rubio y, ¡naturalmente!, bellísimo agente del

S. A. G.

CAPÍTULO III

Debían ser alrededor de las diez y media de la mañana cuando Margarita Valdés regresó en el coche de su corto viaje a Ciudad Marimba.

Tony Flanagan, que había estado esperándola tendido panza arriba al sol de la mañana, cubierto solamente con los calzoncillos, acudió a su encuentro, y la miró interrogante mientras sostenía la portezuela abierta.

Margarita asintió con un gesto. Luego, se volvió, tomó un paquete del asiento de atrás, y se apeó del coche. Tony Flanagan se hizo cargo del paquete, que contenía todo lo necesario para que pudiera vestirse sin llamar la atención un hombre de su talla. Esto es, un traje completo, camisa, y una corbata vulgar y corriente. Lo de vulgar y corriente en la corbata había que destacarlo, porque en general Tony Flanagan era terrible con las corbatas.

—¿Llamaste al hotel?

—Desde luego. Les dije que era una amiga tuya, que estabas invitado en mi quinta, y que posiblemente pasarías un par de días en casa. De todos modos, en cuanto estés vestido y podamos circular sin llamar la atención, sería conveniente que llamasés tú para tranquilizarlos de un modo definitivo.

—Por supuesto —asintió Tony—. ¿Qué dicen los periódicos?

—Te he traído *El clarín de la mañana*. Puedes leerlo tú mismo.

—Ahórrame las molestias. ¿Qué comentan sobre el pequeño accidente ocurrido ayer tarde?

—Hiciste una considerable masacre —lo miró Margarita—. Los tres hombres están en el hospital de Ciudad Marimba. Se llaman Vivancos, Ortega y Loperena. Vivancos es el que conducía el coche, y la bala que disparaste contra el parabrisas le acertó en un

hombro. Por eso perdió la dirección y se estrelló contra la farola. Ortega es el que tiraste contra la pared, y está inconsciente todavía bajo los efectos de un *shock* tremendo. En cuanto al tercero, al que le pasó el coche por encima, parece mentira, pero todavía está vivo. Ése es el tal Loperena, y tiene rota una rodilla, la mandíbula fracturada, y las costillas hechas papilla por la pasada del coche sobre su cuerpo... No se sabe todavía si se salvará.

—¡Vaya! —Movió la cabeza Tony—. Realmente no me hace gracia organizar estas carnicerías, pero tampoco podía permitir que te secuestrasen, ¿no te parece?

—En lo que a mí se refiere, te estoy agradecida, como es natural.

—Menos mal. No me gustan las personas desagradecidas. Y ahora que ya sabes los nombres de esos sujetos, quizá tengas de ellos una idea más concreta que anoche.

—Pues no. Lo siento, pero sigo sin saber quiénes son ni qué pretendían de mí. Ya discutimos esto anoche, Tony. ¿Acaso crees que te estoy mintiendo?

—Francamente, no. Pero si tres hombres pretenden secuestrarte, tiene que ser por algún motivo. Y ese motivo indica cuando menos que tú eres importante para ellos.

—No lo sé. De verdad que no sé nada, Tony. Es decir, como ya te dije, lo único que sé es que son los que me pareció que me estaban vigilando. Al menos, a uno de ellos sí lo vi cerca de mí en determinados momentos.

—Está bien. Supongo que tarde o temprano sabremos qué pintan esos sujetos siguiendo a una chica tan fea como tú. Vamos adentro y me vestiré. Por supuesto, no te permitiré mirar.

—¿Has desayunado algo? —Ignoró Margarita la broma del agente del
S. A. G.

—No. Te he estado esperando para que prepares para los dos un succulento desayuno..., y mientras lo consumimos hablaremos sobre el profesor Wood y su hija. Yo soy partidario de ir inmediatamente a rescatarlos.

—¿Tú y yo solos?

—No estamos solos —rechazó Tony—. Tú me tienes a mí y yo te tengo a ti. Y si una persona tiene a otra, ninguna de las dos está sola.

—Bueno. Lo que yo quería decir...

—Te he entendido, y efectivamente, vamos a ir tú y yo a rescatar al profesor Wood y a su hija.

—Está bien, supongo que durante mi ausencia de esta mañana te has dedicado a pensar en un plan que te parece factible para conseguirlo.

—¡De ninguna manera! —negó enérgicamente Tony Flanagan—. Yo nunca puedo coordinar bien antes de desayunar. Así que vamos a ver qué es lo que sabes preparar, bella marimbeña.

—Si sigues burlándote de mí, lo que te prepararé será veneno.

—Bueno... hasta eso sería capaz de digerir en estos momentos. Y a lo mejor descubro un alimento nuevo para mejorar mi bello aspecto habitual.

—¡Oh, Tony! ¡Eres imposible! Tenemos pendiente el rescate y posiblemente las vidas de dos personas, y te pones a bromear con el desayuno y el veneno.

—Bueno... Te diré lo que vamos a hacer, Margarita. Desayunemos, hablemos, y luego iremos a echar un vistazo a esa quinta donde tienen prisioneros a los Wood. Y te apuesto mi cabeza a que una vez allí se me ocurrirá algo.

* * *

Finalmente, Flanagan bajó los prismáticos con los que había estado acercando a sus ojos la imagen de la quinta donde según Margarita Valdés estaban prisioneros el profesor Wood y su hija. Todo lo que había conseguido ver eran un par de hombres yendo de un lado a otro. Lo cual, ciertamente, no era bastante para tomar una decisión todo lo prudente que convenía para actuar en favor de los Wood.

—¿Has visto algo interesante? —preguntó Margarita.

—Pues no —volvió Tony la cabeza hacia ella—. He visto solamente a dos sujetos, y ha sido apenas unos segundos. Lo que sí veo es el porche de la casa, y desde luego un lado del cobertizo. No he visto al hombre que lo vigila.

—Ese hombre debe estar ahora al otro lado, resguardándose del sol. Por la tarde, que es cuando yo vine a mirar, estaba en este otro lado y por eso pude verlo.

Tony Flanagan asintió con un gesto.

—Claro. Bien, tendré que tomar una decisión, Margarita. La verdad es que no me hace ninguna gracia entrar en esa quinta a base de abrirme camino a balazos. En primer lugar, peligraría posiblemente la vida del profesor y la de su hija. Y en segundo lugar, que yo diría que es tan importante como el primero, ése no es mi estilo.

—Pues, sin recurrir a la fuerza, me gustaría saber cómo vamos a poder sacar de ahí a dos personas que están, por supuesto, debidamente vigiladas.

—Pensemos —dijo Tony Flanagan.

—Bueno. Pues pensemos —aceptó Margarita Valdés.

Estaban los dos en una pequeña elevación del terreno, alejada unos quinientos metros de la quinta que les interesaba. Bajo la sombra de unos cuantos pinos, y con algunos matorrales que exhalaban un agradable olor, no se podía decir que permanecer allí resultase molesto. Y por si esto fuera poco, en la quietud de la mañana se oía el canto de algunos pajarillos.

Habían dejado el coche al pie de la pequeña elevación del terreno fuera del estrecho camino de tierra que habían utilizado para llegar hasta allí, y ahora, los dos sentados sobre el duro suelo y encarados hacia la ajardinada quinta, que, al menos para dos personas, era una prisión, los dos agentes del S. A. G.

se dedicaban a pensar.

Actividad que no tuvo que ser prolongada durante demasiado tiempo. Apenas hacía veinte minutos que estaban dedicados a pensar en busca de una solución, cuando Tony agarró de pronto los prismáticos y los enfocó hacia la quinta. Estuvo mirando unos segundos, antes de musitar:

—Alguien está saliendo de ahí en un coche, Margarita.

—¿Puedes ver a los ocupantes del coche? —preguntó ella.

—No... Sólo puedo ver bien el coche, de momento. El sol se refleja en el parabrisas, así que... ¡Espera! Ahora acabo de ver a un hombre. Toma, mira tú, por si conoces a ese sujeto.

Tendió los prismáticos a la marimbeña, que se dedicó a mirar con gran interés. Estuvo haciéndolo durante unos pocos segundos y, por fin, movió negativamente la cabeza tras bajar los prismáticos.

—No. Parece que van dos hombres en el coche, Tony, pero no

conozco a ninguno de ellos.

—Está bien. Vamos a hacer una pequeña jugada que puede que dé resultado.

—¿Eso quiere decir que acabas de tener una de las geniales ideas que te han convertido en el mejor espía contraespía del mundo?

—Sin guasa, chata, o te rompo la cara. Venga, vamos al coche.

Bajaron rápidamente la colina, y en unos segundos estaban recorriendo el estrecho camino de regreso hacia la carretera, que discurría muy cerca de allí y que pasaba por delante de la quinta en cuestión.

Estaban llegando ya a la unión con la carretera, cuando el coche que había salido de la quinta apareció por su izquierda, acercándose a buena velocidad.

—Frena aquí —dijo Tony Flanagan—. Tengo ya la idea perfecta. Y esa idea requiere que tú te apees del coche.

—Pero...

—He dicho que salgas del coche.

Margarita respingó, y se apeó a toda prisa del vehículo. Para cuando ella estaba todavía saliendo, Tony Flanagan ya estaba sentado ante el volante. Cerró la puerta, hizo señas a Margarita de que regresase hacia el camino, y clavó su mirada en el coche que estaba ya muy cerca.

Justo en el momento en que el coche pasaba por delante, Tony Flanagan daba todo el gas al coche de Margarita Valdés, y el vehículo salió disparado hacia el centro de la carretera.

Lógico.

Ambos vehículos chocaron. El de los otros sujetos recibió, también lógicamente, el golpe de costado, y fue empujado por el morro del que conducía Flanagan, hacia la cuneta. Por un momento, pareció que el conductor del otro vehículo fuese a poder dominar éste, pero no. El coche llegó a la cuneta del otro lado, rebotó violentamente al saltar en ella, y fue a estrellarse de morro contra uno de los árboles que flanqueaban la carretera.

Tony Flanagan había frenado ya el coche de Margarita. Se apeó rápidamente, y corrió hacia el otro vehículo. Por detrás de él, en el cruce del camino y la carretera, Margarita Valdés contemplaba con expresión desorbitada al agente del

S. A. G.

Éste llegó junto al otro coche cuando la portezuela del conductor se abrió y apareció el hombre. Tony Flanagan, solícito, tendió sus manos hacia el desconocido.

—¡Cuánto lo siento, señor! —exclamó consternadísimo—. Permítame ayudarle... ¿Se encuentra usted bien?

—¡Apártese de aquí, imbécil! —Gruñó el hombre—. ¡Déjenos salir del coche!

—Pero, señor, si precisamente estoy intentando ayudarle a...

—¡Quíteme las manos de encima, cretino!

—Bueno, señor, francamente, no está usted siendo muy amable conmigo. Comprendo que la culpa ha sido mía, pero estoy intentando disculparme y yo creo...

—Más vale que cierre esta bocaza, o se la voy a cerrar yo de un golpe, imbécil. ¿Dónde aprendió usted a conducir?

—¡Caramba, no es usted muy educado, señor! Un accidente lo tiene cualquiera. Y yo le estaba explicando...

—¡Cierre de una vez su asquerosa bocaza, animal!

—Déjame que le parta la boca, Driscoll —rugió el otro, saliendo del coche detrás de su compañero.

—Yo creo —dijo amablemente Flanagan— que aquí no hay más bocazas que las tuyas. Más que bocas, yo las llamaría cloacas, de tan sucias que son. Así que vamos a proceder a un lavado urgente y beneficioso para ustedes.

Dicho esto, Flanagan hundió su puño derecho en el estómago del llamado Driscoll, en un impacto corto, pero tan terrible que el conductor del otro coche se quedó como paralizado, con la boca desencajada y los ojos poco menos que fuera de las órbitas.

Tony Flanagan se limitó a apartarlo amablemente... de un tremendo bofetón que lo tiró de lado al suelo. De este modo, el que salía detrás quedó perfectamente visible para el agente del

S. A. G.,

que adelantó la mano izquierda, lo agarró por la ropa, y dijo:

—Como ya he dicho antes, estoy dispuesto a ayudarles a salir del coche, señor.

Lo ayudó, en efecto.

Pero a su manera.

Y su manera consistió en tirar de la ropa del otro sujeto con tal

fuerza que lo sacó prácticamente volando del coche y lo aplastó de cara contra otro de los árboles que había al lado de la carretera.

Mientras tanto, el otro estaba consiguiendo reaccionar. Se estaba colocando de rodillas, y, todavía pálido y con las facciones desencajadas, vociferó:

—¡Matémosle, Cox!

Por el momento, Cox tenía ya bastante preocupación en palparse el rostro, que tras entrar en durísimo contacto con el árbol, no había quedado precisamente en buen estado. Sentado en el suelo tras el tremendo rebote, Cox se quedó mirando como alucinado sus manos llenas de la sangre que brotaba copiosamente de la nariz.

Mientras tanto, Tony Flanagan se había adelantado hacia el malintencionado Driscoll, que estaba introduciendo la mano derecha bajo la axila.

—Tienes muy malas intenciones, chiquitín —dijo Tony Flanagan.

Y al mismo tiempo alzaba su pie derecho, tan bien dirigido que la punta acertó la barbilla de Driscoll. El impacto llegó en el momento justo en que Driscoll sacaba la pistola. Pero ésta saltó por el aire, mientras Driscoll caía hacia atrás.

Tony Flanagan se desentendió rápidamente de él, volviéndose hacia Cox precisamente al oír la advertencia de Margarita, que acudía corriendo hacia ellos:

—¡Cuidado, Tony!

El aviso llegó a tiempo, y casi simultáneo con el furioso rugido de Cox que aseguraba:

—¡Te voy a llenar de plomo, puerco!

Mientras decía esto, por supuesto, Cox metía la mano derecha en busca de su pistola. Pero Tony Flanagan aún fue con él más implacable que con Driscoll. Se acercó de un veloz salto, y le atizó un ferocísimo puntapié en el estómago que dejó a Cox sin aliento, incapaz de la más pequeña reacción muscular. Se inclinó el agente del

S. A. G.,

lo agarró por la ropa, y lo hizo hasta que ambos rostros quedaron a la misma altura.

—Tú no eres capaz de llenar ni siquiera una estilográfica con tinta, matón de a centavo.

Y diciendo esto golpeó con la derecha a Cox, como si éste fuese un objeto que tuviese que ser lanzado lejos.

Consiguió su objetivo. Cox describió una vuelta en el aire, y fue a caer de bruces sobre unos arbustos que, afortunadamente para él, amortiguaron considerablemente el golpe. Y de este modo, Tony George Maxwell Flanagan se encontró con dos sujetos evidentemente peligrosos tumbados cerca de él y, por lo tanto, dominando sin duda alguna la situación. Se acercó a Driscoll y se acucilló junto a él, dispuesto a asegurarse de que conservaba la vida, pues el puntapié aplicado bajo la barbilla era mortal en muchas ocasiones. Pero no en aquella. Para su tranquilidad, pues realmente Tony detestaba matar, el llamado Driscoll estaba vivo, pero, por supuesto, desvanecido.

Se incorporó, y entonces vio a Margarita, que muy cerca de él estaba recogiendo la pistola del propio Driscoll.

—Éste está vivo —dijo Tony—. Vamos a ver el otro... ¡Eh! ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?

Margarita Valdés, cuyo rostro se había desencajado súbitamente y había palidecido hasta una total blancura, había alzado de pronto la pistola de Driscoll, y pareció apuntar a la cabeza del agente del S. A. G.

Y disparó.

«Plop» chascó la pistola provista de silenciador del desvanecido Driscoll.

Por detrás de Tony Flanagan se oyó un alarido de dolor, y cuando el agente del S. A. G.

se volvió velozmente sacando su pistola, todavía pudo ver a Cox cayendo de espaldas hacia los matorrales.

Tenía su pistola en la mano..., y un pequeño orificio oscuro en el centro de la frente. Justo por allí le había empujado la bala disparada por Margarita Valdés.

Durante unos segundos, Tony Flanagan permaneció inmóvil, mirando cómo el cadáver de Cox terminaba de mecerse sobre los arbustos. Luego, se volvió hacia Margarita. Se acercó a ella, que permanecía inmóvil, con expresión horrorizada, y tras quitarle la pistola de Driscoll de entre los dedos, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él. Comprendía perfectamente en qué

estado de ánimo se encontraba la muchacha.

—Tranquilízate —susurró—. Tenías que elegir entre su vida y la mía, bella marimbeña. Y, naturalmente, los dos sabemos que mi vida vale mucho más. Por algo soy mucho más guapo que ese tipo.

—¡Oh, Tony! —gimió la muchacha—. ¡He matado a un hombre...!

—Lo sé. Vamos, cálmate, por favor... ¿Es la primera vez que lo haces?

Margarita asintió con la cabeza, y no pudo pronunciar más palabras. Tony la mantuvo unos segundos abrazada, también en silencio, pero la apartó de pronto y la sujetó por los hombros, mirándola a los ojos.

—Margarita, no podemos permanecer aquí en esta situación. Tenemos que sacar tu coche de la carretera, y éste de aquí... Tenemos muchas cosas que hacer. ¿Puedes reaccionar?

De nuevo asintió Margarita, con un gesto. Tony señaló hacia el coche de ella.

—Vamos a tener que sacar el coche de estos sujetos de aquí. Se me ocurre que lo mejor es utilizar el tuyo para regresarlo a la carretera, una vez allí podremos quizá conseguir que el motor se ponga en marcha. ¿Tienes alguna cuerda en tu coche?

—Creo..., creo que sí, Tony.

—Pues ve a buscarla y átalala al parachoques trasero del de estos sujetos.

La maniobra fue realizada con rapidez por los dos agentes del S. A. G.

Mientras Margarita encontraba una cuerda en el maletero de su coche, y la ataba al parabrisas delantero de éste y al trasero del otro vehículo, Tony Flanagan metió dentro del coche amarrado contra el árbol el cadáver de Cox, y al desvanecido Driscoll. Luego, estuvo vigilando la operación mediante la cual, Margarita, al volante de su coche y dando marcha atrás, consiguió sacar de la cuneta al vehículo de los dos desdichados antagonistas de Tony Flanagan. Obedeciendo los gestos de éste, Margarita, siempre con su coche marcha atrás, regresó al estrecho camino de tierra arrastrando el otro vehículo. Finalmente, y siempre atenta a los gestos de Tony Flanagan, se detuvo cuando ambos vehículos estaban lo bastante alejados de la carretera. Esperó a Tony, que se sentó en el coche

junto a ella, y señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—Sigue hacia atrás. Vamos a buscar un lugar adecuado para lo que quiero hacer.

El lugar adecuado apareció muy pronto en aquella zona de campo prácticamente despoblada, salvo quintas de lujo rodeadas de extensos jardines, como era el caso de aquélla en la que permanecían prisioneros el profesor Alexander Wood y su hija.

Tony eligió el sitio donde finalmente dejaron el coche de Driscoll y Cox. Éste fue dejado dentro del vehículo, pero Driscoll fue sacado, y, con la cuerda que había servido para remolcar el coche. Tony Flanagan lo amarró fortísimamente a uno de los árboles.

Hecho esto se volvió hacia Margarita, que permanecía como absorta. El agente del

S. A. G.

estuvo unos segundos mirándola, pero optó por no decir nada. No era el momento adecuado para hacerle reflexiones a la muchacha. Que por cierto a Tony comenzaba a parecerle menos fea. Todo el rostro de Margarita Valdés seguía por supuesto con sus características..., incluida la del bigotito. Y sin embargo, Tony se dijo que había algo... especial en aquel rostro ahora pálido y atribulado.

De pronto, el agente del

S. A. G.

miró su reloj, y frunció el ceño. Se puso en pie, se acercó al sólidamente atado Driscoll, y lo despertó de modo harto desagradable con dos violentísimas bofetadas que hicieron oscilar a un lado y a otro la cabeza del secuestrador, hasta que éste, recuperado, se quedó mirando con expresión de sobresalto y espanto al rubio personaje que, plantado ante él, le contemplaba con fría ironía.

—Le voy a decir cómo están las cosas, amigo Driscoll. Yo soy un sujeto que tiene muy mala baba y bastantes años de experiencia en tratar con sujetos como usted. Si añadimos a esto que sé perfectamente que usted y otros tipos de su calaña secuestraron a la hija del profesor Wood, y que ahora tienen a ambos en la casa de la cual salieron, comprenderá que la situación no es precisamente como para que usted se ponga a dar saltos de alegría..., en el supuesto de que pudiera hacerlo, claro.

—¿Quién es usted? —jadeó Driscoll—. ¿Qué es lo que quiere?

—Dos preguntas a cual más inteligente —movió la cabeza aprobativamente Tony Flanagan—. Respecto a la primera, y en plan de confianza, puede usted llamarme Anthony George Maxwell. Respecto a la segunda, lo que quiero es rescatar al profesor Wood y a su hija. Y como evidentemente estamos en plan amable..., ¿verdad que puedo contar con su ayuda, amigo Driscoll?

—¿Cómo podría yo ayudarle? —farfulló Driscoll.

—Contestando a algunas preguntas. Por ejemplo: ¿la hija del profesor Wood está aparte? ¿En el cobertizo?

—Sí. El que está ahora vigilándola se llama Lang.

—Magnífico. Pero en la casa debe haber más hombres, supongo. ¿Cuántos exactamente?

—Seis. Contando al jefe son seis.

—Seis hombres. —Tony se pasó una mano por la barbilla entre preocupado y pensativo—. Y naturalmente todos ellos armados. Está bien, ya pensaremos alguna solución al respecto. ¿Cómo se llaman esos hombres? Te lo pregunto porque quizá por casualidad tenga conocimiento del nombre de alguno de ellos, Menciónalos.

—El jefe se llama Trigg... Oscar Trigg. Los demás son: Haydon, Martínez, Bart, Manuel...

—De acuerdo. ¿Están bien el profesor Wood y su hija?

—Sí... ¡Le aseguro que sí!

—Tranquilo, amigo Driscoll. Está bien, por el momento se va a quedar usted aquí tal como está, bajo la vigilancia de mi bella marimbeña. Naturalmente, ella va a tener una pistola en la mano, y no le va a perder de vista. Y puesto que ya ha matado a un hombre, creo que no vacilará demasiado en matar a otro si fuese necesario. ¿Me comprende usted, amigo Driscoll?

Éste no contestó. Se limitó a pasarse la lengua por los labios. Flanagan se alejó de él, tras agarrar de un brazo a Margarita para llevarla consigo y cambiar impresiones sin ser oídos por Driscoll.

—No quiero tener esa pistola en mis manos —se adelantó Margarita a todo lo que pudiera decir Flanagan—. Por favor, Tony, no me obligues a tener que disparar contra otro hombre.

—No te obligo a nada, cariño. Sólo se trata de que entiendas la situación adecuadamente. Si tú no estás protegida, y ese hombre pudiera soltarse, lo pasarías francamente mal.

—No... No quiero la pistola. Yo estaré todo el rato vigilándolo y asegurándome de que está muy bien atado. Incluso tengo más cuerdas en el coche. Lo ataré más fuertemente..., pero no me hagas sostener en la mano una pistola. No tan pronto después de lo que he hecho. Tony, por favor.

—De acuerdo —el agente del

S. A. G.

tomó entre sus manos el rostro de Margarita, se inclinó sobre él, y la besó suavemente en los labios—. Tómate las cosas con calma, y sobre todo no te condenes al infierno por haber matado al sujeto llamado Cox. Seguramente, él merecía muchísimo más que tú estar con Satanás y su tropa. Y por otro lado, insisto en que la vida del bellissimo, simpático y benefactor Anthony George Maxwell Flanagan valía muchísimo más que la del tal Cox. ¿Estás de acuerdo?

—Sí... Claro que sí, Tony, pero...

—Sin peros, bella marimbeña. —Tony Flanagan volvió a besarla en los labios—. Oye..., ¿sabes que tus labios tienen un sabor especial?

—¡Oh, Tony, por favor!

—Que sí, mujer, que sí. Te lo dice un experto en la materia. Y además, tienes un no sé qué dulce... Vaya, que estás convirtiendo mi cabeza en un verdadero lío.

—¿Cómo puedes dedicarte a decir tantas tonterías en una situación como ésta, Tony?

—Te lo voy a decir. Te debo la vida, me caes bien, y hasta me está empezando a gustar tu bigotillo. Por lo tanto, estoy haciendo lo posible para hacerte olvidar que acabas de matar a un hombre.

—¡Pero quieres que mate a otro!

Tony Flanagan se rascó la coronilla, y luego movió la cabeza.

—Vamos a dejarlo. Se harán las cosas como tú quieres y te quedarás aquí vigilando a tu modo a Driscoll. ¿De acuerdo?

—Sí, Tony.

—Magnífico. Pues toma tu premio —y tras decir esto el agente del

S. A. G.

volvió a besar en los labios a Margarita Valdés.

Luego, los dos se quedaron mirando fijamente, todavía teniendo

Tony entre sus manos el rostro de la marimbeña. La cual asistió a un extraño y sobrecogedor proceso que se fue realizando en las pupilas de Tony Flanagan. Primero, había en aquellas claras pupilas una chispa de buen humor, o cuando menos, de intento de conseguir buen humor. Pero poco a poco, a medida que la intensidad de la mirada entre ambos iba aumentando, las pupilas de Tony Flanagan parecieron ir apagándose primero, y luego tomándose duras y frías.

Hasta que finalmente, de pronto, el agente del
S. A. G.

soltó con brusquedad a Margarita, y se apartó de ella.

—No te descuides —dijo secamente—. Procuraré volver lo antes posible.

CAPÍTULO IV

Martínez y Haydon estaban en el porche lateral de la hermosa quinta, tumbados a la sombra tomando el fresco cuando oyeron el zumbido del motor de un coche acercándose.

Los dos hombres cambiaron una mirada, y Haydon alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—No pueden ser ellos —dijo—. No han tenido tiempo de llegar a Ciudad Marimba y volver.

—Vamos a echar un vistazo, pues —propuso Martínez.

De mala gana, abandonaron sus cómodas tumbonas colocadas hábilmente en la terraza, y se dirigieron hacia la parte frontal de la casa. En efecto, no eran sus compañeros Driscoll y Cox. El coche que se había detenido delante de la casa era desconocido para Haydon y Martínez, los cuales vieron perfectamente la gran abolladura en la parte frontal del vehículo, pero no les mereció mayor interés.

Sí les mereció interés, en cambio, el hombre que había salido precipitadamente del coche, y que tras mirar velozmente a todos lados los vio y se acercó apresuradamente.

—Buenos días —casi gritó—. ¿Son ustedes amigos de dos hombres llamados Driscoll y Cox?

—Así es —casi respingó Martínez—. ¿Qué pasa?

—Ha habido un accidente en la ciudad. El coche de esos caballeros se ha estrellado allí contra un árbol... Parece que falló alguno de los mandos. Uno de esos señores ha dicho que viniésemos aquí a avisar de lo sucedido.

—¡Maldita sea! —exclamó Haydon—. ¿Y usted quién es, amigo?

—Soy el doctor Maxwell. Hace años que resido en Marimba, y tengo que avisar a un tal Trigg, según dijo uno de los heridos. ¿Está

en la casa el señor Trigg?

—Seguro que sí. Venga, nosotros le llevaremos ante él.

Y así fue como Tony Flanagan fue introducido en la casa y llevado a un despacho a presencia de Oscar Trigg.

Con éste había dos hombres que completaban las cuentas de Tony de acuerdo a los informes facilitados por Driscoll. Es decir, que allí, en aquel despacho, estaban reunidos cinco de los seis hombres que habían en la quinta encargados de vigilar al profesor Wood y a su hija. El sexto hombre, por supuesto, estaba junto al cobertizo, en la parte sombreada de éste.

Tony se quedó mirando a Oscar Trigg, que por supuesto era el que estaba sentado tras la mesa del despacho. Por su parte, Oscar Trigg también se quedó mirando no poco perplejo al desconocido visitante, para rápidamente desviar la mirada hacia Haydon y Martínez.

—¿Qué ocurre, Haydon?

—Es el doctor Maxwell, Trigg. Dice que Driscoll y Cox han tenido un accidente en la ciudad, y que han sido hospitalizados. Parece ser que uno de ellos ha podido informar de la dirección de esta quinta, y el doctor Maxwell ha sido tan amable de venir a avisarnos.

—No es nada grave —se apresuró Tony Flanagan a tranquilizar a Trigg—. Pero quizá convendría que ustedes se hicieran cargo de algunas formalidades respecto a sus amigos, señor Trigg.

—Por supuesto que sí —aceptó inmediatamente Oscar Trigg—. Le estamos muy agradecidos por las molestias que se está tomando, doctor.

—¡Oh, no tiene importancia! ¡Cualquiera habría hecho lo mismo! —La sonrisa del agente del S. A. G.

era auténticamente encantadora—. Están en el Hospital del Espíritu Santo. ¿Conocen su ubicación?

—Yo sí —se apresuró a decir Martínez—. Sé muy bien dónde está ese hospital, Trigg. Cox y Driscoll estarán muy bien atendidos.

—No lo pongo en duda —se había puesto en pie Oscar Trigg—. Pero el doctor Maxwell tiene razón: lo mejor es que vaya yo allí a ver cómo están las cosas y solucionar lo que tenga que ser solucionado. ¿Viene usted con nosotros, naturalmente, doctor

Maxwell?

—Pues no —suspiró Tony Flanagan—. Si no le importa a usted, señor Trigg, preferiría quedarme a descansar unos minutos. Resulta que yo participé de un modo indirecto en el accidente, y todavía estoy muy afectado. Observará que mi coche está abollado... Bueno, no creo que sea el momento de explicarle cómo sucedieron las cosas. Lo importante es que ustedes vayan cuanto antes al Hospital del Espíritu Santo.

—Sin duda. Puede usted quedarse aquí, naturalmente... Haydon y Martínez le atenderán en lo que precise. Creo que le sentaría bien un trago.

El agente del

S. A. G.,

que había estado valorando a Oscar Trigg, asintió con un gesto. Oscar Trigg era un sujeto de mediana estatura, y macizo, como cuadrado. Todo en él evidenciaba una descomunal potencia física, como la que podría tener un gorila. Sólo que, ciertamente, la astucia y la inteligencia que relucía en los ojos de Oscar Trigg serían muy difíciles de hallar en los ojos de un gorila.

—Muchas gracias, señor Trigg. Espero reponerme pronto, y entonces iré a reunirme con ustedes al hospital. Yo no trabajo allí, pero tengo buenos amigos que nos facilitarán mucho las cosas.

—Muchas gracias. De todos modos estoy pensando que se podría usted venir con nosotros en nuestro coche...

—No, no, por favor. Prefiero descansar. Vayan ustedes.

—Como quiera, doctor Maxwell. Atenderle bien, Haydon.

Oscar Trigg se dirigió hacia la puerta del despacho apresuradamente, haciendo una seña a los dos hombres que habían estado con él, y que por deducción Tony Flanagan sabía que eran Bart y Manuel, puesto que los que le habían recibido eran Haydon y Martínez, y el que vigilaba el cobertizo se llamaba Lang.

—Por cierto —exclamó de pronto Flanagan—. ¿Cómo van a poder ir el señor Trigg y sus amigos a Ciudad Marimba, si el coche lo tenían los señores Driscoll y Cox?

—No se preocupe —sonrió Martínez—. Tenemos otro coche, doctor Maxwell. ¿Quiere usted tomar un trago?

—Es muy temprano para mí —negó con un gesto Flanagan—. Aunque reconozco que un buen *whisky* me sentaría bien en estos

momentos.

—¿Se lo sirvo o no? —sonrió como divertido Martínez.

—Mejor que... ¡Qué demonios! —sonrió de pronto Flanagan—. ¿Por qué no?

Martínez se acercó al mueble bar que había en un rincón del despacho. Lo abrió, miró con gesto interrogante a Haydon, y cuando éste asintió, sacó tres vasos y una botella de *whisky*. Se acercó con todo ello a la mesa, y escanció el licor en los tres vasos.

—Sírvase, doctor —le miró amablemente.

Tony Flanagan volvió a sonreír encantadoramente. Tomó uno de los vasos, bebió un sorbo, alzó las cejas con gesto de grata sorpresa, y bebió otro sorbo.

—¡Caramba, no es un *whisky* corriente, ni mucho menos!

—Traído de contrabando de Estados Unidos —rió Martínez—. Ya sabía yo que le gustaría.

—Pues sí. Pero lo que usted no sabe es que en esta casa hay algo más que ha sido traído de contrabando procedente de Estados Unidos. Y no me refiero al profesor Wood y a su hija, no. Me refiero a mí mismo.

Haydon y Martínez estaban tan asombrados, tan pasmados, que cuando fueron a reaccionar el agente del Special Agents Group ya no les concedía opción ni siquiera a defenderse.

Martínez fue el primero en caer, tras recibir un espantoso corto en el vientre y un cruzado en la barbilla que lo tiró sin sentido sobre la mesa.

Haydon estaba ya reaccionando para entonces, pero, sin discusión, era ya demasiado tarde. Un directo de derecha propinado por Tony Flanagan le alcanzó en el plexo solar, y la fuerza del impacto fue tal que Haydon salió trastabillando hacia atrás, chocó de espaldas contra la pared, y con los ojos casi fuera de las órbitas y la boca torcida hacia un lado cayó de bruces ante Tony Flanagan. Todavía intentó levantarse, pero por supuesto, Tony había previsto esto, de modo que solucionó el diminuto problema con un punterazo en un lado del cuello de Haydon que lo derribó rodando también sin sentido.

Con toda tranquilidad, Tony Flanagan arrastró a los dos sujetos hasta dejarlos uno junto a otro tendidos en el suelo. Luego, procedió a atarlos concienzudamente uno por uno y uno al otro, utilizando

sus propios cinturones y los hilos del teléfono, que se apresuró a arrancar. De este modo, Martínez y Haydon quedaron tan magníficamente empaquetados que era muy poco probable que por sí mismos pudieran soltarse en muchas horas.

Mientras se dedicaba a esta labor, Tony Flanagan había oído el zumbido del motor de un coche alejándose, muy amortiguado, por supuesto. De modo que comprendió que Oscar Trigg y sus compinches Manuel y Bart se estaban alejando de la quinta.

Tranquilo pues a este respecto, y convencido de que se hallaba solo en la casa, Tony Flanagan se dispuso a localizar en ella al profesor Alexander Wood.

Realmente, no fue nada difícil.

El profesor Wood estaba instalado, al parecer muy adecuadamente para su labor, en lo que normalmente debía ser el salón de la casa. El salón estaba en la planta baja y enfrente del despacho cruzando el amplio vestíbulo. Fue simple deducción lógica que Tony Flanagan se dirigiese hacia allá en primer lugar. Era, a fin de cuentas, el lugar que debía ser más grande de la casa, y que por su situación reunía mejores condiciones.

Apenas abrir la puerta se convenció de ello, y tras un rápido vistazo alrededor que abarcó todas las instalaciones, aparatos y recipientes de aquel laboratorio, la mirada del agente del S. A. G.

se clavó en la espalda del hombrecillo que se hallaba trabajando, ante un banco lleno de recipientes con líquidos, con tal intensidad y abstracción que no se había dado cuenta de que la puerta había sido abierta.

—Profesor Wood —llamó Tony Flanagan.

El científico permaneció impassible, inclinado sobre sus instrumentos de trabajo. Desde allí, Tony oía solamente el sonido de cristal y el borboteo de líquidos.

—¡Profesor Wood! —repitió.

El profesor Wood respingó fuertemente, y se volvió hacia la puerta, con los ojos muy abiertos y sujetándose los lentes que habían estado a punto de saltar de su rostro.

—¿Qué? ¿Qué? —chilló—. ¿Qu... e, qué pasa?

—Tranquilícese —no pudo evitar una sonrisa Tony—. Deje todo lo que esté haciendo. Tenemos que marcharnos de aquí

inmediatamente.

—¿Qué? ¿Qué dice? ¿Quién es usted?

—No importa quién soy yo, profesor. Lo único que importa es escapar de este lugar. Dentro de pocas horas deberá estar usted en Estados Unidos. ¡Vamos, rápido!

El profesor Wood, que de pronto había quedado atónito escuchando a Tony Flanagan, reaccionó también en seguida con un súbito gesto de alegría y esperanza en sus ojos.

—Mi hija —musitó—. No me iré de aquí sin mi hija. ¡No saldré de esta casa sin Sophie!

—Yo voy a ocuparme ahora de poner a salvo a su hija, profesor. Usted quédese aquí destruyéndolo todo... En especial todos los datos de su fórmula para obtener el «Phantom».

—¿Cómo sabe usted...?

—Me parece que urge darle explicaciones a fin de que su mente quede liberada de preocupaciones, profesor Wood. Me llamo Tony Flanagan, y soy agente del Special Agents Group. Es decir, un compañero de Wilkins, el hombre al que usted aporreó en la cabezota con un cenicero.

—¡Oh! Bueno, la verdad es que...

—Vamos, no perdamos el tiempo en tonterías. Teníamos intervenido su teléfono, por lo que, naturalmente, sabemos todo lo que ocurrió. ¿Ha entregado usted quizá parte de la fórmula del «Phantom»?

—No... Ellos me tienen aquí obligándome a trabajar en ella, pero yo la voy retardando todo lo posible.

—Magnífico. ¿Debo entender que con toda seguridad esta gente no ha conseguido ni la más pequeña información respecto al virus «Phantom»?

—Así es. Me amenazaban con matar a mi Sophie si no les entregaba la fórmula, pero hasta el momento he podido ir entreteniéndolos. Claro que si no llega a venir usted, finalmente...

—Entendido. Aquí lo único importante es que el Phantom, por ahora, continúa siendo algo que solamente está dentro de su cabeza, profesor. ¿Es así?

—Desde luego —asintió enérgicamente Alexander Wood.

—Pues no hay más que hablar. Destruya lo que haya que destruir por aquí, y deje que yo vaya en busca de su hija.

—Tenga cuidado, hay un hombre que la está vigilando.

—Lo sé. Y hasta puedo decirle que se llama Lang. No se preocupe usted. Todo corre de mi cuenta.

—Mi pequeña Sophie... —Casi gimoteó Wood.

—Esté preparado para salir de aquí antes de cinco minutos, profesor.

Tony Flanagan dio media vuelta, y abandonó el laboratorio en el que realmente ni siquiera había entrado. Salió de la casa con la calma y actitud de quien está completamente desorientado respecto al camino que debe seguir. Pareció reparar de pronto en el cobertizo que estaba a un lado de la casa, y, efectivamente, a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

Y vio al hombre que estaba todavía en la zona sombreada, mirándole a él. Seguramente se estaba preguntando quién era, y, muy posible, esperaba que subiese a su coche y se marchase.

Pero por supuesto no eran tales los planes de Tony Flanagan.

Alzó un brazo en saludo hacia el sujeto que vigilaba el cobertizo, y comenzó a caminar hacia allí. Seguramente, Lang debía estar sorprendido de que el tipo que había llegado antes tuviese algo que decirle a él. Pero sorprendido o no, Lang se limitó a permanecer junto al cobertizo, si bien contemplando con suma atención al hombre que se le iba acercando.

Por fin, Tony llegó ante él, mostrando una de sus sonrisas encantadoras.

—¿Es usted Lang?

—Sí. Sí —asintió éste dirigiendo una velocísima mirada hacia la casa—. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Bueno. No debe usted irritarse, señor Lang...

—Aquí nadie me da explicaciones y me gustaría saber quién es usted y por qué Trigg se ha marchado con Bart y Manuel.

—Se lo voy a explicar, naturalmente. El señor Trigg se ha marchado con Bart y Manuel al Hospital del Espíritu Santo, porque allí es donde han sido llevados sus amigos Driscoll y Cox, que han tenido un accidente de automóvil en la ciudad. Esto es, al menos, lo que se dice oficialmente.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Lang.

—Hombre, pues está bien claro. Quiere decir que este rollo me lo he inventado yo.

—¿Qué?

Verdaderamente, el zurdazo de Tony Flanagan al vientre de Lang fue terrorífico. El pobre Lang hubiese caído hacia delante fulminado si el gancho de derecha del agente del

S. A. G.

no le hubiese alcanzado en la barbilla, enderezándolo, para derribarlo hacia atrás tan sin sentido como una piedra.

Tony sacudió la mano derecha, se acarició los nudillos, y luego puso la mano bajo el sobaco, resoplando.

—¡Demonios...! ¡Vaya cara dura que tiene el sujeto!

Se dirigió hacia la puerta, e intentó abrirla. Estaba cerrada con llave.

Regresó junto a Lang y lo registró rápidamente. En efecto, en un bolsillo del pantalón encontró una llave que podía muy bien corresponder a la cerradura de la puerta del cobertizo. Y ya se disponía Tony Flanagan a dirigirse hacia allí cuando lo pensó mejor y dedicó un minuto a atar sólidamente a Lang, utilizando también su propio cinturón, su pañuelo, e incluso los cordones de sus zapatos.

—Seguramente tardarás en despertarte —dijo Tony—, pero vale más estar prevenido. Con tipos como tú hay que asegurarse bien de las cosas.

Y ahora sí, llave en mano, regresó hacia la puerta del cobertizo..., arrastrando a Lang sujeto por un pie..., con lo que el agente del

S. A. G.

demonstró que tampoco él era persona precisamente dada a grandes miramientos con sus contrincantes.

En el mismo momento en que, tras soltar allí mismo a Lang, Tony Flanagan introducía la llave en la cerradura, se le acudió a la mente que Sophie Wood debía ser una muchacha encantadora. Con lo cual, el agente del

S. A. G.

llegó a pensar que se resarciría del tremendo disgusto que se había llevado al conocer a Margarita Valdés. ¿Cómo demonios pudo decirle el jefe que Margarita Valdés le resultaría satisfactoria en todos los aspectos? ¡Pero si hasta tenía bigote!

En cambio, Sophie Wood debía ser una norteamericana joven,

guapa..., y a lo mejor hasta era pelirroja, lo cual podía ser un aliciente, ya que hacía varias semanas que Tony no alternaba con una chica pelirroja.

De todos modos lo seguro era que muy pronto tendría en sus brazos a una bella joven que se le abrazaría, llena de gratitud hacia su apuesto salvador.

Abrió la puerta, y la empujó.

—¡Señorita Wood! —llamó—. ¿Está usted ahí?

—¡Tengo hambre! —Le llegó una vocecita desde el interior del cobertizo lleno de trastos de todas clases—. ¿Es ya la hora del almuerzo, señor?

Tony Flanagan quedó clavado al suelo; realmente clavado, como si sus pies hubiesen sido atravesados por enormes tornillos que hubiesen sido introducidos en la tierra. Y continuó así cuando apareció la bella y joven Sophie Wood.

Lo indiscutible era que Sophie Wood no era vieja. Debía tener como máximo nueve años..., y tenía el rostro lleno de pecas. Eso sí, era pelirroja. Una bonita pelirroja que, guiñando los ojos debido al resplandor del sol del exterior, contemplaba con simpática sonrisa a Tony Flanagan.

—Me había quedado dormida esperando la hora del almuerzo, señor. Usted es nuevo aquí, ¿verdad?

Tony Flanagan consiguió descender del Reino del Pasma, y acertó a mover la cabeza afirmativamente, mientras tartamudeaba.

—Sí..., sí, sí..., soy nuevo aquí, desde luego.

—¡Ah! Es que no le había visto hasta ahora. Usted tiene una cara simpática, señor. A lo mejor, usted sí que me dejaría salir esta tarde del cobertizo a dar un paseo por el jardín.

—Cla..., claro que sí, señorita Wood.

—Gracias. ¡Qué guapo es usted, señor!

La reacción final de Tony Flanagan era inevitable: se echó a reír de pronto, se inclinó, tomó en sus brazos a la pequeña Sophie Wood, y se irguió sin dejar de reír.

—Eres una niña muy inteligente, Sophie. Y es bueno que a tu edad tengas ya tan buen gusto para los hombres. En efecto, soy muy guapo. Pero no sólo guapo... ¡Soy el más guapo del mundo! ¿No estás de acuerdo?

—Mi papá también es guapo.

—¡Hombre...! Bueno, vamos a decir que tu papá y yo somos los hombres más guapos del mundo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor, pero como usted es más alto que mi papá, me parece que me gusta más usted. ¿Usted conoce a mi papá?

—Pues no demasiado, la verdad. Y creo que para que todos lleguemos a conocernos mejor, lo que tenemos que hacer es damos prisa. ¿Tú sabes correr?

—¡Ya lo creo que sí! Lo que pasa que estos hombres que hay por aquí no me dejaban salir en todo el día, así que no podía correr.

—Pues ahora puedes correr. Y cuanto más, mejor, Sophie. Ve corriendo hacia la casa y di a tu papá que salga, y que nos vamos inmediatamente. ¡Corre! ¡Date prisa!

Flanagan dejó a Sophie Wood en el suelo, y la muchacha salió disparada hacia la casa, llamando a su padre. Mientras tanto, el agente del

S. A. G.

agarró de nuevo a Lang, lo metió dentro del cobertizo tirándolo como si fuese un fardo para la basura, y cerró la puerta con llave, tirando ésta lejos, hacia unos arbustos de flores cercanos.

Tony echó a correr también hacia la casa, entró en ésta y se dirigió directo al laboratorio. Allá, el profesor Wood estaba con su hija en brazos, estrechándola contra él. Al ver aparecer al agente del

S. A. G.,

los ojos del científico, que estaban llenos de lágrimas, se abrieron mucho.

—Señor Flanagan, ¿cómo podré agradecerle...?

—Hay un modo rápido y seguro de agradecerme todo lo que usted quiera, profesor: ¡larguémonos de aquí cuanto antes!

La pequeña Sophie, que se había vuelto en los brazos de su padre, señaló vivamente a Tony.

—Ése es el hombre guapo que me ha dejado venir aquí, papá.

—Ya lo sé, hija —susurró Wood—. Se llama Tony Flanagan, y es un hombre muy valiente. Nos va a llevar lejos de aquí, y tú podrás volver a tu colegio.

—¿Y tú seguirás trabajando para encontrar ese medicamento contra el cáncer? —preguntó Sophie.

—Claro que si —asintió Wood.

Tony Flanagan frunció el ceño un instante al oír aquello. ¡Un medicamento contra el cáncer...! Verdaderamente, los niños son de una ingenuidad maravillosa; pero no podía culpar a Alexander Wood por endosarle semejante mentira a su hija. ¿Cómo podía un hombre decirle a su hija de ocho años que estaba trabajando para conseguir la fórmula de un virus que se llamaría «Phantom», que podría exterminar a miles, a cientos de miles, o quizá millones de personas?

Y en ese mismo instante comenzó a llegar hasta ellos, muy amortiguado, el inconfundible sonido de un helicóptero.

CAPÍTULO V

—¿Qué es eso? —Alzó Wood el rostro, lleno de lágrimas.

—Un helicóptero —musitó Tony—. Y se está acercando. Vamos a esperar que se aleje, profesor.

El petardeante sonido del motor del helicóptero se iba oyendo cada vez más cerca y más fuerte. Lo de esperar que el aparato se alejase de la casa era una simple medida de precaución por parte del agente del

S. A. G.

Una medida de precaución que resultó altamente satisfactoria, puesto que en contra de lo que ellos esperaban, el helicóptero no pasó por encima de la casa y se alejó, sino que comenzó a descender delante del edificio, sobre una de las zonas de césped.

Tony Flanagan comprendió esto sin necesidad de salir de la casa. Todo lo que hizo fue acercarse a una de las ventanas del laboratorio, cuando el sonido del motor del helicóptero dejó de oírse y se hizo un súbito silencio.

Desde la ventana contempló el aparato, y cuando vio al primer hombre que saltó desde él al césped, palideció intensamente.

—Driscoll —jadeó—. ¿Cómo es posible?

—¿Qué ocurre, señor Flanagan? —preguntó, inquieto, Alexander Wood.

—No lo sé —volvió Tony la cabeza hacia él—. La verdad es que no lo sé, profesor.

—¿Se encuentra usted mal? De pronto parece que...

—No es nada. —Tony se pasó una mano por la cara—. Es sólo que acabo de llevarme un disgusto tremendo. ¡Por Dios! ¡Si esos tipos han hecho algo a Margarita...! Ustedes dos no se muevan de aquí, profesor. Permanezca con Sophie aquí dentro, encerrados, y

no abran a nadie excepto a mí. ¿Está claro?

—Sí..., sí, naturalmente.

Tony Flanagan no dijo nada más. Salió del laboratorio empuñando ya su pistola. Se detuvo ante la puerta, y esperó a oír cómo, en efecto, era cerrada por dentro. Luego, cruzó el vestíbulo hacia la puerta de la casa, pero de pronto se desvió hacia una de las ventanas que permitían pasar amplios cuadrados de sol al vestíbulo.

Desde allí vio de nuevo a Driscoll. Pero ya no estaba solo. Tras él, caminando hacia la casa, llegaban dos hombres a los que Tony no conocía. Y cada uno de aquellos hombres llevaba en las manos un rifle... Es decir, no era exactamente un rifle. O cuando menos, no era un rifle corriente. El tamaño de su cañón era superior al normal, y en el extremo tenía lo que podía ser un silenciador de tamaño superior a los conocidos por Tony Flanagan.

Pero en la mente de éste sólo había en aquellos momentos un pensamiento que realmente le preocupaba. Más que preocuparle, le angustiaba incluso. ¿Qué había sido de Margarita Valdés? De pronto, a Tony le parecía que el luminoso día tropical se oscurecía, y que todo perdía interés, consistencia, que nada valía la pena. ¿Realmente era fea Margarita Valdés? Bueno..., quizá tenía los senos como calabazas, quizá tenía bigotillo, quizá sus ojos no eran todo lo hermosos que se pudiera desear, quizá su rostro resultaba un tanto gordo, o cuando menos mofletudo... Y estaba aquel horrible moño. Pero de todos modos, y especialmente en aquel momento, Anthony George Maxwell Flanagan comprendía que bajo todos aquellos detalles de... fealdad, Margarita Valdés había emanado en todo momento un extraño y discreto encanto que le había tenido perplejo desde el mismo momento que la había conocido.

¿Volvería a verla viva?

Éste fue un pensamiento que puso un nudo en la garganta de Tony Flanagan. Parpadeó, y la imagen de los tres hombres que se acercaban a la casa se concretó de nuevo. Estaban ya tan cerca, que Tony podía abatirlos en menos de tres segundos con otros tantos disparos. Y a aquella distancia, ciertamente, él podía meter, sin desviarse un milímetro, una bala en el ojo derecho de cada uno de aquellos tres hombres.

De pronto, Driscoll se detuvo, y los dos hombres que le

acompañaban lo hicieron tras él. Los tres hombres miraban expectantes hacia la casa.

—¡Trigg! —llamó de pronto Driscoll—. ¿Estás ahí, Trigg?

Tony Flanagan se pasó la lengua por los labios. Los tenía secos, y por más esfuerzos que hacía no conseguía apartar de su mente la imagen de Margarita Valdés.

—¡Trigg! —insistió Driscoll—. ¡Contesta, Trigg! ¿No hay nadie en la casa?

El agente del

S. A. G.

entreabrió la gran ventana del vestíbulo, y comenzó a sacar la punta del cañón de su pistola, apuntando hacia la cabeza de Driscoll. La certidumbre de que Margarita Valdés había sido asesinada por aquellos sujetos estaba acelerando la conversión en hielo de la sangre de Tony Flanagan, el hombre que detestaba matar. Pero en aquellos momentos todo él era un bloque frío que era incapaz de sentir ninguna emoción humana..., salvo la angustiosa y terrible sensación de soledad que le provocaba la idea de que Margarita Valdés había muerto.

—Parece que no hay nadie en la casa —le llegó como de muy lejos la voz de uno de los acompañantes de Driscoll.

—Desde luego, si hay alguien tiene que habernos oído —añadió el otro.

—Ya les dije que era un sujeto peligroso —oyó también a Driscoll—. Y no me sorprendería nada que fuese el que ayer provocó el incidente que llevó a sus dos compañeros al hospital.

—Ya lo cazaremos... Y entonces sabremos quién es y qué es lo que estaba tramando con la muchacha.

En estos momentos, Tony Flanagan estaba centrando su pistola justo en el centro del rostro de Driscoll.

Pero pese a todo el odio frío que sentía en su interior, parecía como si su dedo hubiese quedado paralizado. No podía hacerlo. No podía disparar contra un hombre con tal sangre fría...

—Ustedes quédense aquí vigilando —le llegó de nuevo la voz de Driscoll, como en un lejano sueño—. Quizá haya complicaciones dentro de la casa, pero yo sé cómo solucionarlas. Voy a ir al cobertizo en busca de la niña, y si tal como tememos ese hombre está relacionado con el profesor Wood, y pretende rescatarlo, le

vamos a poner en la alternativa de entregarse o ver cómo le cortamos el cuello a la hija del profesor Wood. Cosa que haría con mucho gus...

«¡Plop!», chascó la pistola de Tony Flanagan.

A tal señor, tal honor.

Asesino, asesinato.

Veintitantos metros más allá, la parte superior de la cabeza de Driscoll reventó en un escalofriante surtidor rojo oscuro, que relució a la luz del sol y salpicó a los dos hombres que estaban a derecha e izquierda de él. Dos hombres que se sobresaltaron de tal modo que uno de ellos, al apartarse de Driscoll, cayó sentado, mientras el otro, todavía saltando, apuntaba su extraño fusil hacia la casa y disparaba.

Al mismo tiempo que disparaba, recibía en pleno rostro el segundo disparo efectuado desde la casa por Tony Flanagan. Un disparo certero y fulminante, que impidió al hombre contemplar los efectos de su disparo.

Efectos terribles.

El disparo apenas produjo más ruido que la pistola de Tony Flanagan. Pero indudablemente los proyectiles que disparaba eran especiales, aunque por fortuna, la dirección del que había sido disparado fue pésima. Por suerte para Tony Flanagan, se entiende. El proyectil penetró por la otra ventana del amplio vestíbulo y fue a explotar en el fondo de éste, con tal potencia, que toda la casa vibró hacia todos lados, y saltaron trozos de pared y de metralla, mientras una ola de intensísimo calor inundaba el vestíbulo. El resultado fue que Tony Flanagan notó en la espalda varios golpes tremendos y un calor que atravesó sus ropas con toda facilidad, mientras la onda expansiva era de tal potencia que le tiró contra el borde de la ventana y, tras girar sobre ésta, le hizo caer fuera de la casa. Cayó de cabeza, rebotó y quedó sentado..., contemplando con expresión alucinada al segundo acompañante de Driscoll, que estaba ahora de rodillas apuntándole con el formidable fusil.

Aun a plena luz del sol, Tony Flanagan pudo ver en la boca del arma enemiga el resplandor del disparo, y, simultáneamente, por encima de su cabeza oyó tan espantoso crujido que le pareció que acababa de pasar por encima de él un reactor gigante. Inmediatamente, dentro de la casa otro estampido como el anterior,

y más cascotes, metralla y trozos de cristal y de madera salieron por el hueco, acompañados por otra ola de intensísimo calor.

Para entonces, Tony Flanagan había comprendido ya sobradamente que las contemplaciones en aquel asunto habían terminado. Así que alzó la mano armada y disparó anticipándose al inminente segundo disparo del desconocido.

La bala acertó a éste en el centro del pecho. El hombre dio un alarido, tiró el fusil hacia arriba y él se puso en pie de un modo sorprendente, casi saltando.

Y así estaba cuando el agente del
S. A. G.,

ya mentalizado de la gravedad de la situación, disparaba de nuevo. Esta vez la bala acertó al hombre en el ojo derecho, cuando todavía estaba en el aire, y le derribó de un modo fulminante y brutal.

Tony se puso en pie y regresó al interior de la casa por la destrozada ventana. Fue a la puerta del salón laboratorio y llamó fuertemente con el puño.

—¡Profesor Wood! ¡Soy Flanagan, abra!

La puerta se abrió, y Alexander Wood apareció en el umbral, aterrado.

—¿Qué ha ocurrido?

—No se preocupe. Tome a Sophie y larguémonos de aquí de una maldita vez.

Wood se volvió y tomó a su hija de la mano, tirando de ella hacia la puerta. La niña estaba tan asustada como su padre, y todo lo que acertó a hacer fue precisamente lo más conveniente, esto es, obedecer. Salieron los tres corriendo de la casa, y Flanagan señaló hacia el coche.

—Métense dentro y no se muevan de ahí pase lo que pase. Vuelvo inmediatamente.

Su idea inicial había sido (si conseguía escapar, naturalmente) regresar al lugar donde había dejado a Driscoll atado a un árbol y a Margarita vigilándole. Pero quizá uno de aquellos sujetos, el que había sido herido en el pecho, estuviese todavía vivo, en cuyo caso sus posibles explicaciones le servirían de gran orientación.

No se equivocó.

Desde luego, Driscoll estaba muerto y bien muerto. El otro, el que había disparado en último lugar, también estaba muerto. Las

dos balas que le habían alcanzado eran, por supuesto, mortales.

Pero el de en medio, el que había recibido el balazo en el pecho, todavía estaba vivo. Yacía de cara al refulgente cielo azul, con los ojos abiertos, contemplándole como estupefacto... Desvió la mirada hacia Tony Flanagan cuando éste se arrodilló junto a él y se interpuso de tal modo que la sombra de su cuerpo alivió del resplandor del sol los ojos del herido.

—¿Y la muchacha? —susurró Tony—. ¿Qué pasó con ella?

—¡Váyase... al... demonio...! —jadeó el hombre.

—¿Está muerta o está viva? —insistió Tony.

El herido cerró un instante los ojos. Cuando volvió a mirar a Tony, éste comprendió que aquel hombre era uno de los que él tenía clasificados, después de tantos años de trotar por el mundo enfrentándose a seres nefastos, como un «mala bestia». Es decir, el sujeto que solamente piensa en sí mismo, y que se antepone a todo, de tal modo que para sobrevivir, o simplemente para gozar, es capaz de cualquier salvajada.

—La muchacha —jadeó—, la muchacha la... violamos y la... degollamos luego... ¿Le gusta eso..., puerco?

De buena gana Tony habría apoyado la punta de su pistola en un oído de aquella mala bestia y habría apretado el gatillo. Pero el recuerdo de Margarita Valdés le hizo comportarse de un modo frío y consecuente.

—Escuche —dijo en tono seco—, usted está herido, pero todavía puede salvarse si le llevo ahora mismo al hospital de Ciudad Marimba. Elija entre esto o que le remate de un disparo en la boca. ¿Qué prefiere?

—Usted... usted... es un cerdo... que no me llevaría... al hospital.

—Lo haré si usted colabora conmigo. Dígame qué ha sido de la muchacha y le llevaré al hospital. Cuanto más tiempo pierda usted, más se va acercando a la muerte.

El hombre estuvo unos segundos observándole como perplejo y desconfiado a la vez. Por fin, tras parpadear de nuevo, musitó:

—Ella está... bien... Solamente la golpeamos... Luego..., uno de nuestros compañeros... se la llevó...

—¿Adónde?

—Por la radio del helicóptero llamamos a otro compañero...

para que viniese a recogernos... con un coche... En estos momentos... la muchacha debe... debe estar con el general Morales... ¡Le juro que es cierto!

—De acuerdo. ¿Está con el general Morales? ¿Y dónde está el general Morales?

—El general Morales está... está... El gen...

Eso fue todo.

El hombre quedó inmóvil y con los ojos abiertos, fijos en el cielo.

Tony Flanagan ni siquiera se molestó en cerrárselos. Recogió su fusil, recogió también el del otro sujeto, y sin conceder una sola mirada más a los tres cadáveres, fue al coche de Margarita, donde le esperaban Alexander Wood y la pequeña Sophie. Puso las dos poderosas armas en el asiento contiguo del volante, se sentó ante éste y dio el encendido.

—Todo esto es terrible —tartamudeó Wood—. No comprendo cómo la gente puede dedicarse a matar de un modo tan salvaje. Los seres humanos que...

—¡Cállese de una maldita vez! —gritó Tony Flanagan—. ¿Acaso es usted mejor que ellos, maldita sea su estampa?

—¿Qué quiere decir? —Respingó Wood.

Flanagan detuvo en seco el coche, se volvió con expresión furiosa hacia el asiento de atrás, y al ver los ojos desorbitados de la pequeña Sophie fijos en él, se calmó bruscamente.

—Será mejor que no hablemos de lo que está bien y lo que está mal, profesor Wood. Para que me entienda. —Tony dio un tono especial a su voz—, le estoy hablando al hombre que está trabajando en la consecución de un virus llamado «Phantom». Dedicado a la curación del cáncer, claro.

La fría ironía de Tony Flanagan podía pasar desapercibida sin dificultad para la pequeña Sophie, pero no ciertamente para Alexander Wood. Éste se quedó mirando fijamente al agente del S. A. G.

De pronto, cuando ya Tony se disponía a volverse para reanudar la marcha alejándose de allí, Wood musitó:

—Según parece, usted no cree que estoy trabajando en la búsqueda de una medicación anti cáncer, señor Flanagan.

—Escuche, profesor Wood: yo soy un agente del gobierno. Por lo

tanto, tengo que cumplir una obligación, y eso es exactamente lo que estoy haciendo. Tanto por obligación como por inclinación personal, me considero satisfecho de poder llevarlos a usted y a su hija, sanos y salvos a un lugar desde el cual regresarán a Estados Unidos, pero no me pida usted más. No me pida que me trague un anzuelo como ése. Por favor.

—¿Por qué tendría que mentirle a usted? —murmuró Wood—. Mi hija ha dicho la verdad. Yo no estoy trabajando científicamente para conseguir una barbaridad como sería el «Phantom».

—¿De qué me está hablando? ¿Está soñando, o quiere usted que me ponga a soñar yo, profesor?

—Le estoy hablando en serio y con veracidad, señor Flanagan. Lo que ocurre es que usted está inquieto y muy preocupado, y eso hace que no me preste la debida atención.

—Bueno —frunció el ceño Tony Flanagan—. Le aseguro que soy capaz de entender cualquier cosa que se me explique bien.

—En ese caso, escúcheme usted, y decida luego si se lo he explicado bien o no. Hace algún tiempo, ofrecí al gobierno de nuestro país mis servicios como científico investigador médico. Mi propuesta era que iniciasen determinados estudios sobre la naturaleza del cáncer, y el modo de conseguir unos determinados específicos que podrían prácticamente anular la enfermedad aunque ésta hubiese sido detectada con mucho retraso.

—¿Está hablando en serio? —musitó Tony.

—Naturalmente. Usted sabe que determinado tipo de cáncer puede ser, digamos, afrontado con considerable éxito si es detectado a tiempo. Si la detección de la enfermedad se consigue tarde, todo empeora muchísimo para el enfermo. Pero con mis estudios, yo estaba seguro de conseguir un medicamento eficaz incluso en casos de diagnóstico retardado. ¿Qué cree usted que me contestó el gobierno de los Estados Unidos de América cuando fui a proponerle que financiase estos estudios míos?

—No lo sé... Dígamelo usted.

—Me contestaron que ya tenían suficientes médicos y científicos de toda clase dedicados al estudio de todo tipo de problemas relacionados con el cáncer. Y que el presupuesto destinado a ello era ya demasiado elevado.

—¿Y acaso no es cierto?

—No lo sé. Es muy posible que, efectivamente, el gobierno de los Estados Unidos esté gastando miles de millones de dólares en su lucha contra el cáncer. Seguramente lo hace, y es admirable. Pero yo creo que deberían haberme atendido. No sólo a mí, sino a cualquier persona que pueda aportar algo en este sentido. Nunca hay demasiados investigadores dedicados a una labor como ésta, señor Flanagan.

—Es muy posible que tenga razón. Según entiendo, nuestro gobierno no aceptó financiarle a usted esas investigaciones. Y supongo que lo mismo habrá hecho con otros muchos científicos.

—Así es. Pero mientras los otros científicos intentaban conseguir los medios de financiación por su cuenta o por medio de amistades o corporaciones privadas, o bien desistían de sus estudios, yo me dije que podía conseguir las cosas con más facilidad. Agoté todos mis recursos económicos en proseguir esas investigaciones, y entonces, y sólo entonces, cuando ya no tenía prácticamente ni un centavo, volví a presentar una propuesta al gobierno de los Estados Unidos. Esta vez no proponía ninguna clase de estudios sobre cáncer, ni nada parecido. Lo que le propuse a nuestro gobierno fue unos estudios sobre determinados virus al que yo había puesto el nombre de «Phantom», y que una vez conseguido controlar podría proporcionar a nuestras fuerzas armadas un terrible poder bélico. ¿Qué cree que me contestó nuestro gobierno?

—No lo sé. —Tony Flanagan estaba pálido.

—Sí que lo sabe, señor Flanagan. Lo sabe perfectamente. Nuestro gobierno, que me había negado su subvención económica para investigar el cáncer, aceptó inmediatamente mi propuesta para dedicarme a conseguir el «Phantom». Y a partir de ese momento no me ha faltado dinero. Ahora bien, y pese a que usted ya me ha advertido que es un agente del gobierno, voy a aclararle que mientras en Washington han estado convencidos de que yo aplicaba mi ciencia, mi tiempo y hasta buena parte de mi salud a conseguir ese virus, yo, señor Flanagan, lo que he estado haciendo ha sido proseguir mis estudios con vistas a la consecución de ese medicamento que permitiría el tratamiento del cáncer aunque éste hubiese sido detectado tardíamente.

Tony Flanagan se quedó mirando fijamente a Alexander Wood. Luego, miró a la pequeña Sophie, que le contemplaba ya más

tranquilizada y como fascinada. Por último, el agente del S. A. G.

se volvió, y tras estar todavía unos segundos mirando como alucinado al frente, se pasó las manos por la cara, que notó fría.

—Lo siento —susurró—. Le ruego que me perdone, profesor Wood. Pero, efectivamente, estoy demasiado preocupado para prestar auténtica atención a lo que ocurre a mi alrededor. En estos momentos sólo hay una cosa que me preocupa: saber dónde puedo encontrar al general Morales.

—¿Y no tiene usted nada que decir respecto a la estafa de que he estado haciendo objeto al gobierno de los Estados Unidos?

—Eso no es cuenta mía. En lo que a mí respecta. —Tony se volvió de nuevo hacia el asiento posterior del coche—, usted ha obrado bien desde el punto de vista humano. De todos modos, mi obligación como agente del S. A. G.

consiste en informar a mi superior de lo que usted acaba de decirme. Lo siento de veras, pero tendré que hacerlo.

—No podré censurarle por ello, señor Flanagan. Pero, claro está, usted tiene que comprender que la subvención me será retirada.

—Tengo algunos ahorros. No mucho, desde luego, pero puede usted contar con ellos hasta el último centavo si realmente, y por supuesto ahora le creo, sus investigaciones van en este sentido.

—¿Me daría usted todo su dinero para seguir dedicado a mis investigaciones? —exclamó Alexander Wood.

—Por supuesto. E incluso podré presionar adecuadamente en mi jefe para que las molestias que reciba de nuestro gobierno por su pequeño fraude, sean mínimas.

—Todavía podría usted hacer algo mejor, señor Flanagan. No mencionar este asunto y dejar que yo lo arregle a mi manera.

—¿Cómo lo arreglaría usted? —se interesó Tony.

—Diría que en estos días en que he estado prisionero en este lugar, he podido llegar al límite de mis investigaciones, y que la conclusión ha sido que el virus «Phantom» no es controlable. Sencillamente, que yo he estado perdiendo mi tiempo, y el gobierno de los Estados Unidos su dinero. De este modo, yo no sufriré molestias de ninguna clase..., y con el dinero de usted podré seguir investigando lo que realmente vale la pena. ¿Qué le parece mi idea?

—Sencillamente fantástica —casi sonrió Tony Flanagan—. Es tan buena que debió ocurrírseme a mí, que soy un granuja. Y no a usted, que es una buena persona, profesor.

—¿Está usted de acuerdo con eso, señor Flanagan?

—La verdad es que no tengo que pensarlo mucho... Sí, francamente. Sí, estoy de acuerdo. Lo haremos así. A fin de cuentas, el hecho de que a usted nuestro gobierno le esté molestando días, semanas o meses, e incluso decidiera cometer la estupidez de encarcelarle, sería un perjuicio para todos. Por lo tanto, su idea está aceptada. Y ahora, vamos a proseguir nuestro viaje en busca de ese desconocido general Morales que...

—No es desconocido, señor Flanagan. Se lo habría dicho de todos modos, pero con mayor motivo ahora que veo que usted merece todo mi afecto y hasta mi respeto. El general Morales es un hombre yo diría que tosco y un tanto brutal que estuvo precisamente hace dos días en la quinta. Vino a ver qué tal iban mis investigaciones sobre el «Phantom».

—No me diga que Oscar Trigg y toda su pandilla estaban trabajando para ese general Morales —comenzó a adivinar la jugada Tony Flanagan.

—Así es. Por las conversaciones que sostuvieron en el laboratorio sin preocuparse de mi presencia, pude deducir fácilmente que el general Morales es el que financió la operación de mi secuestro a Trigg y a sus hombres. Y, claro está, ha sido quien les ha proporcionado la casa en la que nos han tenido prisioneros. Y dejó bien claro que cualquier cosa que yo necesitase, cualquier cosa que yo pidiese, me fuera facilitada al instante.

Y usted, seguramente pediría algunas cosas que Trigg y los suyos se vieron obligados a ir a adquirir a Ciudad Marimba.

—Sí..., por supuesto.

—Pues gracias a eso y a la inteligencia de una... bella marimbeña llamada Margarita Valdés he podido yo localizarlos a ustedes, profesor. Y ahora, esa bella marimbeña está en manos de ese general Morales. Por eso es por lo que a mí me urge encontrarle. ¿Quizá tiene usted alguna idea sobre eso?

—Solamente una. Recuerdo perfectamente que el general Morales, cuando estuvo en el laboratorio hablando con Trigg, mencionó algo referente a su domicilio... Todo lo que recuerdo de

esto es el nombre de un santo... Él dio a entender que vivía en San Servando, o algo parecido.

—¿San Servando? —exclamó Flanagan—. Eso es una diminuta isla que está en la bahía frente a la playa de Ciudad Marimba.

—Es todo cuanto puedo decirle, señor Flanagan.

—Margarita es su novia, ¿verdad? —dijo de pronto Sophie.

Tony Flanagan le dirigió una sonriente mirada.

—Pues no. La verdad, Sophie, es que no sé si casarme con ella o contigo... ¿A ti qué te parece?

—A mí me parece que Margarita Valdés debe ser más guapa que yo, y más grande. Y a lo mejor, no tiene un diente roto, como yo.

Dicho esto, Sophie Wood alzó el labio y mostró, efectivamente, uno de sus dientes partido. Alexander Wood sonrió, y Flanagan estuvo a punto de soltar la carcajada. De pronto, sabiendo dónde podía encontrar a Morales y con la esperanza de que Margarita Valdés estuviese con vida, todo volvía a parecer más hermoso, más transparente a la radiante luz del sol.

—Me parece, Sophie —rió—, que te llevarás una gran decepción cuando conozcas a Margarita Valdés. Pero ésa no es cuestión que deba ser discutida ahora. Lo que vamos a hacer...

Tony Flanagan no dijo qué iban a hacer. Se dedicó a pensarlo con todo detenimiento. Y la conclusión final resultó facilísima. Si Margarita Valdés había sido llevada a la casa del general Morales, y el general Morales tenía esa casa en una isla, él iba a necesitar una lancha... o un helicóptero.

Así que dio la vuelta al coche y regresó hacia el aparato. Lo detuvo cerca, se volvió hacia los Wood y les hizo una señal.

—Usaremos el helicóptero. Les voy a llevar a los dos a un lugar seguro, y luego me ocuparé de hacerle una visita adecuada al general Morales.

Un minuto más tarde los tres estaban instalados en el helicóptero. Por supuesto. Tony Flanagan a los mandos. El aparato estaba ya vibrando, a punto de despegue, cuando el agente del S. A. G.

se dio una palmada en la frente.

—¡Las armas de esos sujetos! —exclamó.

Saltó del aparato, fue al coche, recogió los dos fusiles de los acompañantes de Driscoll y regresó al helicóptero. En la parte de

atrás iban los Wood. Tony entregó los fusiles al profesor, indicando:

—Tenga cuidado, profesor. Son armas muy peligrosas... ¿Qué es eso, Sophie?

La niña tenía en las manos un gran maletín, y estaba intentando abrirlo. Miró a Flanagan y encogió los hombros. El agente del S. A. G.

tomó el maletín de manos de la muchacha, y tras contemplar el cierre, lo abrió sin ninguna dificultad. Cuando separó los lados del maletín y vio su contenido se quedó un instante estupefacto. Luego, colocó todo el maletín abierto como una gran bandeja ante los ojos de los Wood.

—Vean qué plato tan exquisito, señor y señorita Wood.

—¡Es dinero! —exclamó Sophie.

—Y bastante —musitó el sorprendido científico—. Hay aquí una buena cantidad de dinero, señor Flanagan.

—Pero no tenemos tiempo para contarlo. Al menos yo. Será mejor que se dedique usted a ello, mientras yo tomo los mandos y vamos a ese lugar donde puedan estar seguros... Y le aseguro que conozco ese lugar.

En helicóptero fue cómodo y rápido recorrer la distancia desde la quinta de Trigg hasta el *bungalow* donde Tony Flanagan había pasado la noche anterior durmiendo sobre una alfombra. Sólo que, ciertamente, en esta ocasión Margarita Valdés no se hallaba en su domicilio.

El agente del gobierno introdujo en el *bungalow* a los Wood, y miró al padre, que llevaba en la mano derecha el maletín con el dinero. Wood interpretó la silenciosa pregunta de Tony y dijo:

—Hay exactamente doscientos cincuenta mil dólares, señor Flanagan. Es una gran cantidad de dinero.

—Aceptable —sonrió Tony—. ¿Se apuesta algo a que este dinero estaba destinado a pagar los servicios de Oscar Trigg y su pandilla?

—Es posible —asintió Wood.

—Bueno..., de momento esconda usted ese maletín en cualquier parte, y luego dedíquense usted y la bellísima Sophie a descansar, o a hacer lo que gusten en este lugar. Lo que gusten... excepto salir de él. ¿Está claro?

—No se preocupe, señor Flanagan. No tenemos ninguna intención de complicarle a usted la vida. Entiendo, naturalmente,

que va en busca de la señorita Valdés. Pero... ¿hasta cuándo debemos esperarle?

Tony Flanagan asintió. Comprendía perfectamente la pregunta que Alexander Wood le estaba haciendo, de modo que la pequeña Sophie no la captase.

—No deben ustedes esperarme demasiado, profesor. Sencillamente, si esta noche no he vuelto, ocúpese usted personalmente de gestionar su regreso a los Estados Unidos.

—Estoy seguro de que volverá.

—Bueno... —Tony movió pensativamente la cabeza—. Cuando me despido de alguien, profesor, no acostumbro a decir hasta la vista. No crea que soy pesimista, ni mucho menos. Por el contrario, soy un gran optimista, y tengo una gran confianza en mí mismo. Sin embargo, soy de las personas que nunca pueden tener la seguridad de que volverá. Por lo tanto..., adiós.

—Pues yo quisiera que usted volviese, señor Flanagan —dijo Sophie.

El agente del
S. A. G.

se acuclilló delante de la niña, y tras mirarla afectuosamente, le dio un sonorisimo beso en cada mejilla.

—Puesto que me lo pide tan linda señorita, haré todo lo posible por regresar.

CAPÍTULO VI

Tony Flanagan intentaba convencerse a sí mismo de que el plan no podía fallar. Como la mayor parte de los planes que podían proporcionar soluciones decisivas, el que había concebido era en verdad arriesgado.

Sin embargo, era el único modo de conseguir llegar hasta Margarita Valdés, y con un poco de suerte, sacarla de la isla de San Servando, donde se había enterado de que, en efecto, vivía el general Eulogio Morales.

Mientras volaba en el helicóptero hacia la isla, el agente del S. A. G.

intentaba convencerse a sí mismo de que iba a arriesgar su vida por los Estados Unidos de América. A fin de cuentas, si el general Morales había capturado a Margarita Valdés, y además de esto estaba en tratos con Oscar Trigg, y sabían que su prisionero, el profesor Wood, podría fabricar un virus como el «Phantom», esto significaba que, en un momento determinado, si Morales veía que no podía conseguir el «Phantom» para su país, podía denunciar a Estados Unidos acusándolos de crimen de guerra por autorizar la fabricación de semejante tipo de arma.

Sí.

Tony Flanagan intentaba convencerse de que éste era su objetivo. Eliminar la posibilidad de que el general Morales pudiese dar a conocer al mundo las intenciones de los Estados Unidos de fabricar el virus «Phantom». Pero, una vez rescatados el profesor Wood y su hija, si él conseguía ahora rescatar también a Margarita, el general Morales no podría presentar jamás ninguna prueba contra Estados Unidos al respecto.

Y así, Tony Flanagan se enteraba en convencerse a sí mismo

una y otra vez que, básicamente por este motivo, iba a correr el riesgo de nada más ni nada menos que asaltar él sólo la isla donde el general Morales tenía su lujosa residencia particular.

Pero mientras le daba vuelta a estos pensamientos, y una y otra vez quería convencerse a sí mismo de esto, lo cierto era que la imagen de Margarita Valdés, incluso con sus enormes senos que resultaban feos y su bigotillo a lo jovenzuelo, no se apartaba de la mente del agente del Special Agents Group.

El mar estaba azul y quieto, la tarde se presentaba serena. En el cielo, un sol radiante hacía refulgir las aguas como cristal líquido. El helicóptero invertiría apenas seis minutos en llegar desde la costa de Marimba a la isla de San Servando. Y en efecto, ése fue el tiempo que necesitó Tony Flanagan para divisar la pequeña isla propiedad del general Morales.

Lo que hizo cuando llegó sobre la isla fue en verdad aparatoso, casi desafiante, pero entraba dentro de sus planes. Comenzó a describir círculos sobre la isla como si estuviese reconociendo todo el terreno. Especialmente, por encima de la hermosa villa rodeada de flores que se veía en el centro.

Vio algunos hombres que aparecían del interior de la casa y comenzaban a mirar hacia el aparato. Con toda seguridad, estaban sorprendidos de que éste no aterrizase en el jardín, delante de la casa. Pero, precisamente, lo que pretendía Tony Flanagan era inquietarlos. Así que continuó dando vueltas, hasta que aparecieron tres hombres más. En total contó siete hombres, pero seguramente habría más.

Un par de minutos después, todavía describiendo vueltas y viendo cómo desde abajo le hacían señas, Tony Flanagan se dijo que había llegado el momento.

Comenzó a descender, como si fuese a aterrizar en el jardín delante de la casa, pero de pronto desvió el helicóptero hacia la derecha, de manera que voló hacia el sur de la isla. Los árboles y la vegetación lo ocultaron pronto a la vista desde la casa. Y cuando esto ocurrió, Tony Flanagan aterrizó, saltó del aparato rápidamente, llevando los dos fusiles que lanzaban granadas explosivas, y cuando estuvo a distancia que consideró prudente se volvió y disparó uno de los fusiles contra el helicóptero. Éste estalló envuelto en llamas inmediatamente, lanzando una tremenda onda expansiva de gran

poder calorífico.

Tony Flanagan, simplemente, tras notar en su rostro y manos el impacto de la ola de calor, dio media vuelta y se alejó velozmente de donde el aparato ardía, despidiendo una gran humareda negra hacia el cielo.

Escondido entre la vegetación, muy pronto oyó el ruido de matorrales agitados bruscamente. Y, tal como había calculado, aparecieron varios hombres corriendo y gritando hacia donde se veía la columna de humo negro.

Muy cerca del agazapado agente del gobierno pasaron exactamente ocho hombres, todos los cuales, por supuesto, debían estar convencidos de que sus compañeros del helicóptero acababan de estrellarse tras una inesperada avería y tras un verdaderamente extraño comportamiento.

En cuanto los hombres hubieron rebasado su posición, Tony Flanagan salió de su escondrijo y se lanzó a todo correr hacia la casa.

Cuando llegó a ésta, no vio absolutamente a nadie. Entró, y entonces sí, apenas poner el pie en el interior de la lujosa villa, un hombre apareció procedente del fondo del vestíbulo. Al ver a Tony Flanagan se detuvo en seco, y se quedó mirándole estupefacto.

Pero acto seguido el hombre metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un revólver.

Tony Flanagan fue mucho más rápido.

Desenfundó su pistola con silenciador que llevaba en la axila, y disparó cuando todavía el hombre estaba dando el último tirón de su arma en el bolsillo.

«Plop».

Doce o quince pasos más allá, el hombre emitió un grito y dio un salto hacia atrás, fulminantemente muerto, con una bala en la cabeza.

Sin vacilar, y siempre llevando bajo el brazo izquierdo los dos extraordinarios fusiles, el agente del
S. A. G.

corrió hacia el lugar donde había aparecido el hombre. En seguida vio, a la derecha y bajo el tramo de blanca escalinata que subía hacia el piso alto de la casa, una puerta que estaba entreabierta. La empujó, y vio los escalones de piedra que descendían.

No lo pensó ni un instante. Se lanzó escaleras abajo, y llegó a un gran sótano en cuya parte derecha, nada más llegar, vio las grandes estanterías llenas de botellas de vino y de licores.

Y al mismo tiempo, a su izquierda oía unos pasos y la voz de un hombre:

—¿Qué es lo que está pasando, Pedro?

Tony Flanagan se volvió, dio dos pasos, y apareció delante del hombre cuando éste estaba a punto de aparecer a su vez en aquella zona por detrás de la hilera de grandes toneles. Este sujeto no tuvo tiempo ni siquiera de sorprenderse. El puntapié de Tony Flanagan le acertó entre las ingles, y el hombre puso los ojos en blanco, palideció intensamente y cayó hacia adelante. Aún no había llegado al suelo cuando otro puntapié de Tony Flanagan le acertó en la mandíbula inferior y le hizo girar antes de caer al suelo fulminado.

Como había hecho antes, Flanagan desanduvo el camino recorrido por aquel sujeto.

Y entonces la vio.

Vio a la mujer que estaba en el lado izquierdo de la gran bodega subterránea, sujetas sus manos por unas cuerdas que habían sido anudadas a una argolla que estaba clavada a la pared. La mujer estaba prácticamente desnuda, y poco menos que colgando de las anillas, pues sus pies llegaban al suelo con dificultad.

Sin embargo, no era Margarita Valdés.

El agente del

S. A. G.

se acercó rápidamente, sobreponiéndose a su inicial desconcierto. Mientras se acercaba a la mujer, veía sus finas formas impecables, su piel bronceada en un tono dorado, y su larga cabellera negra, suelta. Cuando estuvo ante ella se quedó contemplando el bellissimo rostro. Los ojos grandes y oscuros estaban fijos en él con una muy comprensible expresión de alegría.

—¡Tenía tanta confianza en que vendrías, Tony! —dijo la prisionera.

Tony Flanagan, que estaba contemplando las señales de los brutales golpes que había recibido la muchacha en el cuerpo, y algunos en el rostro, notó como un tremendo impacto que le alcanzase a la vez en todo el cuerpo. Tardó todavía un par de segundos en comprender, volvió a mirar los bellos ojos oscuros que

estaban fijos en él y musitó:

—¿Margarita?

—¡Por Dios! —gimió ella—. ¡Sácame pronto de aquí, Tony! ¡Ya no puedo más!

—Pero... ¿eres Margarita?

—No es momento de explicaciones. Tony, por favor.

El agente del gobierno se apresuró a soltar a la muchacha de la argolla de la cual pendía. Luego la ayudó a caminar hacia la parte baja de las escaleras, y posteriormente salir de la bodega. Una vez fuera de ésta, atrajo la puerta y la cerró con llave, que tiró a un rincón.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Margarita.

—En helicóptero. Pero he simulado que me estrellaba con él, así que ya no podremos disponer de ese aparato.

—Sé que el general Morales tiene un par de lanchas en el embarcadero —dijo desmayadamente Margarita—. Si podemos llegar hasta allí lograremos escapar y regresar al continente.

—De acuerdo —asintió Flanagan—. Vamos a intentarlo.

No pudo ser. Ni siquiera habían llegado a la puerta de la casa cuando oyeron el rumor de varios hombres acercándose, y Tony comprendió que eran los que habían ido a intentar ayudar a sus compañeros del helicóptero incendiado. Una vez convencidos de que habían sido víctimas de algún truco, aquellos ocho hombres regresaban... y no debían hacerlo precisamente con buenas intenciones.

Desde la puerta les vi, en efecto, acercándose a la casa y abriéndose de forma que ocuparon un amplio semicírculo. Tony cerró la puerta, y miró a ambos lados. Luego señaló hacia la puerta de su izquierda, y volvió a ayudar a Margarita Valdés a encaminarse hacia allí.

Resultó ser un hermoso salón. Un salón que, como Tony había esperado, tenía naturalmente ventanas al exterior. Dejó a Margarita sentada en uno de los sillones, y fue a mirar por una de aquellas ventanas.

—¿Has visto al general Morales? —preguntó mientras echaba un vistazo al exterior.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Es un hombre de estatura mediana, de hombros anchos y cabellos largos; lleva un bigote de guías caídas. Viste con bastante elegancia.

Tony Flanagan asintió con un gesto y continuó mirando el exterior, en busca de dicho personaje. Y le vio. Vio al hombre de ropas más elegantes que los otros, y que llevaba el cabello largo y un grisáceo bigote de guías caídas que ocultaban su boca.

—Parece una foca —refunfuñó el agente—. A mí no me gusta matar focas, pero quizá ese sujeto valga bastante menos. ¿Qué demonios pretendían de ti? ¿Por qué te han estado torturando?

Antes de que la muchacha contestase llegó desde el exterior la bronca voz de un hombre, llamando:

—¡Pedro! ¡Ginés! ¿Ha entrado alguien en la casa...? ¿Habéis visto a alguien?

—Bueno —se resignó Tony Flanagan, volviendo un instante la cabeza hacia Margarita—, lo seguro es que en seguida van a comprender que sus amigos Pedro y Ginés no pueden contestarles. Así que, con toda lógica, comprenderán que el inteligente sujeto que ha llegado en el helicóptero y les ha tomado el pelo está dentro de la casa. Oye, bella marimbeña: ¿de verdad eres Margarita?

—¿Es que no puedes entenderlo, Tony? —musitó Margarita, mientras le quitaba de las manos uno de los fusiles.

—Bu... bueno, pu... pues... Supongo que sí... Demonios, no lo sé.

—¿Realmente no te diste cuenta cuando me conociste, de que yo iba disfrazada y maquillada?

—La verdad es que no. Quizá es porque te vi tan fea que ya no quise profundizar más... ¿Y por qué demonios tenías que presentarte disfrazada ante mí?

—No fue por ti. Fue porque estando dedicada precisamente a vigilar la quinta donde está el profesor Alexander Wood, no quería aparecer por allí con mi verdadero aspecto, Y ya viste que tuve razón al tomar esas precauciones, pues fui descubierta vigilando la casa y luego seguida hasta Ciudad Marimba. Luego, cuando vinieron a por mí para saber a quién había ido a ver al hotel Paraíso, fuiste precisamente tú quien me ayudó.

—Sí, sí, de acuerdo... Está bien, comprendo tu cautela. Pero ahora dime...

En el exterior comenzaron a sonar disparos; y un diluvio de balas reventó los cristales de las dos ventanas del salón y penetraron en éste destrozando todo cuanto hallaron a su paso y rebotando luego contra la pared del fondo. Tony Flanagan lanzó una imprecación, se apartó rápidamente, sacó la punta del cañón del fusil por la ventana y disparó tres veces seguidas.

Afuera se oyeron gritos de dolor y exclamaciones. Y, desde luego, los disparos contra la casa cesaron inmediatamente.

—¡En menudo lío nos hemos metido! —farfulló Flanagan—. Nada menos que estamos luchando contra el ejército de Marimba, representado por el general Morales.

—No —rechazó Margarita—. No estamos luchando contra el ejército de Marimba, sino solamente contra el general Morales. ¿No sabes lo que está tramando él, Tony?

—Pues no.

—Es muy sencillo. Una revolución aquí, en Marimba, que le coloque a él en el poder. Primero se ocupó en conseguir un armamento adecuado para sus rebeldes. Y ese armamento lo consiguió en forma de fusiles como estos que tenemos nosotros en las manos. Por lo que les he oído hablar, es un modelo llamado FM-333...

y, al parecer, es de gran poder destructivo. Sin embargo, posteriormente, Oscar Trigg le hizo al general Morales una proposición que le convenció más: facilitarle un virus llamado «Phantom», con el cual podría apoderarse del país en muy poco tiempo y con un riesgo prácticamente inexistente.

—¿Quieres decir que el general Morales habría utilizado el «Phantom», de haberlo conseguido?

—Por supuesto. Su idea era, en cuanto el profesor Wood lo hubiese terminado, fabricar la cantidad suficiente para lanzarla contra los diversos acuartelamientos y tropas fieles al actual presidente. Y una vez eliminada la parte del ejército que se habría enfrentado a él, Eulogio Morales no habría tenido la menor dificultad en tomar el poder en el país.

—¡Maldita sea su estampa! Ya sabía yo que me estaba metiendo en un lío, de todos modos.

—Me han estado golpeando porque querían saber qué había ocurrido para que yo estuviese allí con Driscoll atado a un árbol y el

otro hombre muerto dentro del coche. Tres hombres del general Morales se dirigían hacia la quinta, para llevar a ese tal Oscar Trigg doscientos cincuenta mil dólares, que era un anticipo por la mitad del precio acordado por la ayuda de Trigg a los planes de Morales. Al pasar con el helicóptero por encima de nosotros vieron el brillo del coche, y descendieron a ver qué ocurría. Como estaba desarmada no pude hacerles frente y me cazaron.

—Me alegro, así aprenderás para otra vez que es mejor seguir las instrucciones de un agente experimentado y listísimo como yo... ¡Listísimo! —bufó Tony, como burlándose de sí mismo—. Lo que soy es un cretino... ¡Mira que venir yo a meterme en esta ratonera!

—No haberlo hecho.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Pedir ayuda al ejército? ¿Cómo había de saber yo que el general Morales está preparando precisamente una revolución contra el actual presidente y el ejército de Marimba? Si lo hubiese sabido, naturalmente que habría solicitado su ayuda.

—Es extraño —murmuró Margarita—. Ya no disparan. No se oye nada.

—Bueno, deben estar elaborando algún plan para cazarnos como a ratitas... Te voy a decir la verdad, bella marimbeña. Ante todo, estoy cabreadísimo por el pitorreo que te has traído conmigo. Luego resulta que el jefe, en lugar de aclararme mi error, me dejó, y seguramente todavía debe estar desternillándose de risa. Y por último, estamos realmente en una situación tan comprometida que si continuase cabreándome ya sería para estallar de rabia. Por lo tanto, más vale tomarse la cosa con tranquilidad, ¿no te parece?

—Tony, ¿es verdad que te has enamorado de mí?

—Oye, no me vengas con romanticismos ahora. Acabas de decir que la situación es apurada, ¿no es cierto? Pues hablemos de otra cosa. Por ejemplo: ¿qué tal si mientras esa gente se cree que nos tienen acorralados aquí en el salón, nosotros salimos por la parte de atrás de la casa e intentamos llegar al embarcadero?

—Lo que tú digas, Tony.

—Toma, ponte esto. ¿Qué es exactamente lo que querían saber Morales y su gente?

—Querían saber quién era el hombre que me había ayudado y que envió al hospital a los tres que me asaltaron.

—¿Se lo dijiste?

—Todavía no..., pero habría acabado por ceder, Tony.

—Naturalmente, todos cedemos más pronto o más tarde. De modo que no saben quién soy, ni saben que tú y yo trabajamos para el

S. A. G.

—No. Todavía no se lo había dicho.

—Magnífico. Y otra cosa... Si aquellos tres tipos que están en el hospital te vieron rondando la quinta de Oscar Trigg, es decir, la casa donde tenían prisionero al profesor Wood, significa que ellos también estaban por aquellos alrededores. ¿Y qué hacían por allí si Oscar Trigg estaba dentro de la quinta y era amigo de ellos?

—No se fiaban de él. Así que el general Morales había dispuesto una vigilancia alrededor de la quinta por si Trigg tenía tratos con otras personas, ya fuesen militares o políticos de Marimba, o extranjeros. Incluso podían ser espías de otras nacionalidades.

—Entiendo. Vaya, aquí nadie se fía de nadie... ¿Te he dicho ya que he rescatado al profesor Wood y a su hija?

—No lo has dicho explícitamente, pero lo he comprendido.

—Eres muy lista —farfulló Tony Flanagan, mirándola torvamente—. Y demasiado guapa. Cad me gustabas más con bigote.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó Margarita.

—Tendré que reflexionar detenidamente sobre ello. Bien, ¿estás dispuesta para la gran escapada hacia el embarcadero?

—Cuando tú quieras.

—Pues vamos allá.

Rodeados de un denso silencio que, realmente, era extraño, y que tenía que haber alertado desde minutos antes a Tony Flanagan, éste y Margarita Valdés se dirigieron hacia la puerta del salón, aparecieron en el vestíbulo... y entonces comprendieron el porqué de aquel extraño y prolongado silencio.

Justo cuando ya salían del salón al vestíbulo, tres hombres aparecían en lo alto de la amplia escalinata que llevaba al piso alto. Los tres hombres y los dos agentes del

S. A. G.

se divisaron unos a otros a la vez.

Y mientras los tres sujetos alzaban sus pistolas y comenzaban a

disparar. Tony Flanagan disparó el fusil

FM-333

que se había quedado. Lo hizo sin alzarlo, sosteniéndolo a la altura de la cadera, y utilizándolo y manejándolo con una sola mano. Sin embargo, el proyectil fue mortalmente certero.

Llegó a impactar a los pies de los tres hombres, en el último peldaño, y estalló con tal potencia y tal intensidad de fuego que los tres sujetos fueron despedidos hacia atrás como si fuesen simples muñecos de paja.

—Deben haber más arriba, a punto de llegar —dijo Tony—. Volvamos otra vez adentro.

Regresaron rápidamente al interior del salón y cerraron la puerta que comunicaba éste con el vestíbulo. Otra vez fueron a aposentarse junto a una de las ventanas, y Margarita se quedó mirando hacia la puerta del salón, mientras Tony Flanagan atendía cualquier posible ataque procedente del exterior. No fue un ataque, sino de nuevo una voz:

—¡Álvarez! —gritó la voz—. ¿Les habéis cazado?

—Ése es el general Morales —musitó Margarita.

—El muy puerco... ¡Le voy a dar la respuesta que se merece!

Tony Flanagan se asomó un instante, alzó el

FM-333

y disparó una vez más. Margarita, que había acabado de arrancarse los jirones de ropa que habían quedado sobre su cuerpo y que ahora estaba encantadora y graciosísima ataviada únicamente con la chaqueta de Tony Flanagan, le apoyó en el fuego, haciendo éste más nutrido.

Afuera volvieron a oírse gritos y exclamaciones, y casi en seguida, de nuevo se hizo el silencio.

—No dispaes más —aconsejó Tony—. No sé cuántos proyectiles pueden quedar en estos fusiles, pero sean cuantos sean, lo mejor es no desperdiciarlos.

—Nos han cortado la retirada... ¿Qué vamos a hacer ahora, Tony?

—Escucha, no soy ningún mago, ¿te enteras? Así que deja de presionarme. Si se me ocurre algo... ¡Claro que se me ocurre algo! Ya sé lo que haremos.

—¿Qué haremos? —sonrió Margarita Valdés.

—Y no sonrías más, porque no está el horno para bollos. Nos estamos jugando el pellejo, tú misma lo has dicho antes, ¿recuerdas?

—No sé por qué te enfadas conmigo, si has admitido que me amas.

—Nadie ha admitido eso. Así que cierra esa boca bigotuda.

—¿Cuál es tu idea para salir del apuro? —volvió a reír Margarita Valdés.

—La idea es muy sencilla. Esperaremos a que sea de noche, y entonces sí, miraremos de salir por cualquier ventana de la casa e iremos hacia el embarcadero.

—Lo habrán previsto.

—¿Qué te has propuesto? ¿Amargarme la poca vida que nos queda?

—Claro que no, Tony.

—Pues entonces, cállate de una vez. Y no vuelvas a hablar hasta que yo te autorice, ¿está claro?

—Margarita Valdés ni siquiera contestó. Se limitó a sonreír, a acercarse más a Flanagan y le besó en la boca.

—A mí no me engañas —susurró—. Por bruto y antipático que parezcas, he llegado a comprender muy rápidamente cómo eres en realidad, Tony.

—¿Y cómo soy?

—Eres...

Margarita Valdés no continuó. Había oído algo, y por la expresión de Tony Flanagan comprendió que éste también había oído algo que le alertó.

Afuera comenzaron a oírse más gritos y disparos. Tantos disparos que parecía imposible que los pudiesen estar disparando los pocos hombres que debían quedarle al general Eulogio Morales. Muchísimos disparos que, además, no iban dirigidos contra la casa, al parecer, pues se podía tener mala puntería pero no tanta como para fallar el blanco que representaba una casa situada a veinte o treinta metros de distancia como máximo del lugar donde había estado apostado el general Morales y sus hombres.

No, ni una sola bala fue esta vez hacia la casa, ni entró, por supuesto, por las ventanas del salón.

Y sin embargo, en el exterior seguían oyéndose gritos y cada vez

más disparos. Hasta que, de súbito, todo volvió a quedar en silencio.

De pronto, volvieron a oír una voz. Una voz desconocida.

—¡El general Morales ha muerto! —gritaba la voz—. Será mejor que ustedes se entreguen si no quieren que derrumbemos la casa a cañonazos. Les está hablando el comandante Juan Salvador.

Tony y Margarita cambiaron una mirada de estupefacción.

—Pero ¿qué dice ese tipo? —exclamó Flanagan—. ¿Qué es quién?

—El comandante Juan Salvador —sonrió Margarita—. No sé si se llamará Juan, pero Salvador sí lo es, ¿no te parece?

—No estoy para chistes. A mí, eso me suena a trampa, Margarita.

—Puede que lo sea. No voy a discutir contigo, Tony. Tú decides.

Decidió, en efecto, Tony Flanagan, pero convencido por las siguientes palabras del hombre que decía llamarse Juan Salvador y ser comandante:

—¡Oigan todos los de la casa! Tienen cinco segundos para salir de ahí desarmados y con los brazos en alto. Si no lo hacen, ya no podrán salir nunca por su propio pie. Empiezo a contar.

—¡Cáscaras! —Respingó Tony—. Será mejor que salgamos de aquí rápidamente, bella marimbeña.

Y antes de que pudiesen reaccionar en modo alguno, un hombre de unos treinta y cinco años, más bien alto, fuerte, con un tremendo bigote... pero de guías retorcidas hacia arriba, apareció ante Tony y Margarita.

—Dense presos. Toda su jugada ha sido descubierta.

Tony Flanagan dirigió una mirada que podía definirse como mezcla de irritación y cachondeo al apuesto comandante Juan Salvador.

—¿Y cuál es nuestra jugada, amigo mío?

—Tenemos a sus cómplices del hospital. Y tenemos a los tres que fueron esta mañana a visitarles. Uno de ellos se llama Oscar Trigg, y cuando le cazamos y le presionamos, confesó en seguida todo lo que estaba tramando el general Morales.

El agente del

S. A. G.

había quedado realmente estupefacto.

—¿Quiere decir que tiene usted prisioneros a Oscar Trigg y a otros dos tipos llamados Bart y Manuel?

—Así es. Tengo a sus cómplices.

—¿A mis cómplices? —Tony Flanagan sonrió anchamente, miró a Margarita y le guiñó un ojo—. Bueno, comandante Juan Salvador, me gustaría saber cómo ha llegado usted a esta conclusión.

—Esta mañana, cuando supimos que tres hombres estaban en el hospital y que habían sido víctimas de una agresión, nos apresuramos a presentarnos allá, puesto que uno de esos hombres, llamado Loperena, sabíamos que era el capitán ayudante del general Morales. Estábamos esperando que se recuperase mientras interrogábamos a los otros dos, cuando llegaron el norteamericano Oscar Trigg, Bart y Manuel. Al vernos, intentaron escapar de allí, pero les detuvimos y claro, como nos habían hecho sospechar con su actitud les hemos sometido a interrogatorio... Finalmente, hemos sabido todo el plan del general Morales de organizar una revolución en el país para apoderarse del poder. Así que hemos venido a por el general Morales y todos sus hombres.

—Bueno, bueno, bueno —sonrió amistosamente Tony Flanagan—. ¿Aceptaría usted una pequeña explicación por mi parte, comandante Juan Salvador?

* * *

Tras permanecer unos segundos reflexionando, el jefe alzó la cabeza y miró a Tony Flanagan, que estaba sentado delante de él en uno de los confortables sillones y sosteniendo en una mano un vaso con una buena medida del excelente *whisky* que acostumbraba beber.

—En resumen —murmuró—, si no he entendido mal, el comandante Juan Salvador no sólo aceptó tus explicaciones y luego las comprobó cuando fuisteis a buscar al profesor Wood y a su hija, sino que además, tanto él como el presidente Buendía de Andina, envían una nota de agradecimiento a los servicios prestados por el S. A. G.

y en especial por los agentes de éste Tony Flanagan y Margarita Valdés.

—Bueno, lo de Margarita Valdés no quisimos mencionarlo, pues a fin de cuentas, podrían encapricharse de ella y contratarla..., o

«pretender» contratarla para su servicio secreto.

—¿Y qué tendría eso de malo?

—¡Tendría mucho de malo! —exclamó Tony Flanagan—. Margarita no tiene que trabajar para nadie nada más que para el S. A. G.

Y además, es muy posible que me la traiga a Estados Unidos, señor.

—¿Estás seguro esta vez. Tony?

Tony Flanagan asintió, muy seria la expresión.

—Sí, señor. Estoy seguro esta vez.

—¡Pobre Tony Flanagan! —exclamó de pronto el jefe, riendo—. ¡Tan buen muchacho!

—Está bien, está bien —refunfuñó Tony Flanagan—. Ya sé que me pitorreé a lo grande de Morgan cuando me enteré de que se había casado. Pero yo todavía no me casado.

—Ya lo harás. Pero no quiero ensañarme con eso. Respecto al profesor Wood, es una lástima que su labor de tanto tiempo en pos de la consecución de un virus como el «Phantom» haya desembocado en un total fracaso. Y de todos modos, se aprovechó el tiempo mientras estuvo prisionero en Marimba. Ahora bien, para fracasar lo mismo habría sido que fracasase aquí.

—¡Qué se le va a hacer, señor! Los experimentos no siempre dan resultado... ¿Qué ocurrirá ahora con el profesor Wood?

El jefe miraba irónicamente a Tony Flanagan.

—¿Qué querrías tú que ocurriese con el profesor Wood y su hija, Tony?

—Bueno... Yo creo que lo mejor que se puede hacer con este hombre es compadecerle por haber fracasado en uno de sus estudios a los que tanto tiempo ha dedicado..., y dejarle vivir en paz.

—Es una buena sugerencia —asintió el jefe—. Será tenida en cuenta. Pero desde luego, dudo mucho de que el Gobierno de Estados Unidos subvencione de aquí en adelante cualquier idea que vaya a exponerle el profesor Wood.

—No creo que el profesor Wood vaya a pedir más dinero a nuestro Gobierno, señor. Se encontró una billetera el otro día en una callejuela de Ciudad Marimba.

—¿Una billetera? Bueno..., supongo que habría algo de dinero, pero... En fin, no te entiendo, Tony.

—Es que en la billetera había doscientos cincuenta mil dólares,

señor.

Una vez más, el jefe se quedó mirando especulativamente a Tony Flanagan. Estuvo así unos segundos, con los ojos entornados y la cabeza ladeada. Por fin, hizo un gesto de resignación.

—Estoy seguro de que nos la estás dando con queso, Tony. Pero, tal como has trabajado en Marimba, no se te puede pedir nada más. Por lo tanto, yo opino... ¡Eh! ¿Adónde vas?

—Entiendo que ya hemos quedado de acuerdo en todo, señor.

—En efecto. Pero te estaba hablando... ¿Adónde vas tan de prisa?

—Vaya una pregunta más tonta, señor. ¿Adónde he de ir? ¡A Marimba, tierra de amores!

ESTE ES EL FINAL

Margarita Valdés oyó la llegada del automóvil. Inmediatamente, se puso en pie y corrió hacia una de las ventanas frontales de su *bungalow*.

Miró hacia el exterior, y cuando vio al hombre que se estaba apeando del recién llegado vehículo, su corazón dio un quíntuple salto mortal.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Ahí está él!

Segundos después oía la llamada a la puerta del *bungalow*. Todavía esperó un poco antes de ir a abrir. Y cuando lo hizo, había conseguido una expresión amable y simpática, pero en absoluto emocionada.

—¡Oh! —exclamó como muy sorprendida—. ¡Pero si es el guapísimo agente del
S. A. G.

Tony Flanagan!

—En efecto —refunfuñó éste—. Y no me digas que te sorprende mi visita.

—Por supuesto que me sorprende... Pero pasa, por favor, Tony, pasa.

Flanagan entró, esperó a que la muchacha cerrase la puerta, y entonces puso sus manazas en los delicados hombros femeninos, y la retuvo inmóvil ante él, mirándola atentamente el rostro, recorriendo su cuerpo con un lento vistazo de arriba abajo.

—¡Vaya...! Ni bigote, ni senos del tamaño de calabazas, ni aquel horrible moño, ni mofletes de mujer india que está criando muchos chiquillos... Realmente estás encantadora, Margarita Valdés. Ahora sí que eres una bella marimbaña.

—¿A qué has vuelto a Marimba, Tony? —se desasía Margarita

de las manos del agente del

S. A. G.

—. ¿Acaso te han enviado a otra misión y necesitas mi ayuda?

—Pues... es algo así, efectivamente. Aunque la misión es particular y privada... Pero necesitaré tu ayuda, sin duda de ninguna clase. Verás cuál es mi problema. He llegado a Ciudad Marimba, he pedido habitación en el hotel Paraíso, y no había ninguna libre. Me he vuelto loco buscando alojamiento por toda la ciudad, pero no ha habido manera de conseguir habitación en ningún sitio. Y entonces, ¡zas! —Tony se dio una palmada en la frente—, me he acordado de que cerca de Ciudad Marimba, mi colega Margarita Valdés tenía un precioso *bungalow*, y he alquilado un coche y he venido aquí como un rayo.

—Si no entiendo mal, vienes en busca de alojamiento.

—Pues sí. Pero claro, entre amigos supongo que no vas a cobrarme el hospedaje. Así que para compensarte de tu amabilidad y de la succulenta cena que vas a preparar en mi honor, me he permitido traer un par de botellas de champaña y un verso.

—¿Un verso? —se sorprendió Margarita.

—Un verso precioso que he hecho yo dedicado a ti y a Marimba. Escúchalo con toda atención:

«Besos que saben a flores,
¡qué delicias de sabores!
Marimba, tierra de flores:
¡Marimba, tierra de amores!».

Terminado el verso, Tony Flanagan se quedó mirando a Margarita Valdés, que estaba tan atónita, tan absolutamente pasmada que, como suele decirse, si la hubiesen pinchado no habría brotado sangre de su cuerpo.

—¡Atiza! —exclamó por fin la muchacha—. ¡Qué versos más malos!

—Bueno —refunfuñó Tony Flanagan, abrazándola ahora fuertemente por la cintura—, ¿qué me dices del asunto de la cena? Tengo el champaña en el coche. ¿Voy a buscarlo o no?

—No tengo ningún inconveniente en invitarte a cenar, Tony. Y

mucho menos, si tú pones el champaña.

—¿Y después? —susurró él.

—También puedes quedarte a dormir, por supuesto.

—Pero..., no en la alfombra —rechazó Tony Flanagan.

—¿Dónde si no? —Alzó las cejas Margarita Valdés.

—Tú ya me has comprendido —aseguró el agente del

S. A. G.

—. Solamente tienes que decir si quieres o no quieres que me quede a cenar.

Margarita Valdés no dijo nada.

Simplemente, se colgó del cuello de Tony Flanagan, y lo besó en la boca. Aceptando en principio la iniciativa de la muchacha, Tony Flanagan tomó pronto la dirección de aquel nuevo caso interesantísimo que acababa de presentársele en Marimba, tierra de amores.

FIN

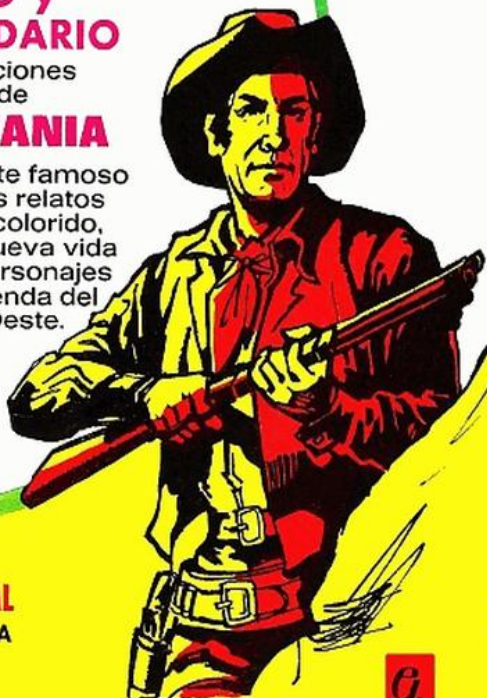
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...